

Un acercamiento a
La IGUALDAD
de las
RAZAS
HUMANAS

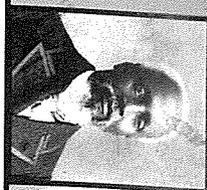
La igualdad de las razas humanas es un texto fundacional para la antropología crítica. Fue publicado por primera vez en el año 1885 cuando la antropología emergía como especialidad.

Marginalizado por su posición «radical» en cuanto a que todas las razas son iguales, su tratado persuasivo y lúcido era muy adelantado para su tiempo.

Al argumentar que la igualdad de las razas podía demostrarse a través del positivismo científico, Firmin desafió los escritos y puntos de vista racistas de su época.

En el año del centenario de su muerte este folleto titulado *Un acercamiento a La igualdad de las razas humanas*, que incluye partes de su obra monumental de pronta aparición, es un homenaje a la vida y a la obra de Anténor Firmin, figura esencial para la antropología y los estudios panafricanistas.


Ciencias
Sociales



Anténor Firmin

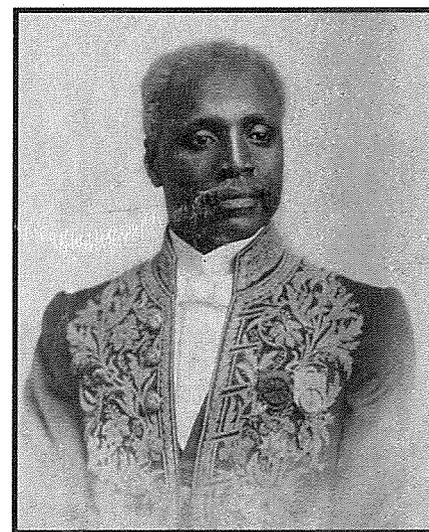
Anténor Firmin

Un acercamiento a La IGUALDAD de las RAZAS HUMANAS



Un acercamiento a
La IGUALDAD
de las
RAZAS
HUMANAS

Anténor Firmin



Ciencias  Sociales

Un acercamiento a
La IGUALDAD
de las
RAZAS
HUMANAS

ANTÉNOR FIRMIN (1850-1911). Nació y se educó en Haití. Estudió Derecho y ocupó diferentes cargos políticos antes de ser designado como diplomático en París. Allí fue admitido en la Sociedad de Antropología de París y escribió su monumental obra *La igualdad de las razas humanas*. Años más tarde regresó a Haití y fungió como ministro de Finanza, Comercio y Relaciones Exteriores.

Un acercamiento a
La IGUALDAD
de las
RAZAS
HUMANAS

Anténor Firmin



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2011

Traducción: Jean Maxius Bernard («Prefacio» de *La igualdad de las razas humanas*, en francés).

Graciela Chailloux («Introducción» de Carolyn Fluehr-Lobban para *La igualdad...*, en inglés).

Lino D'Ou («Conclusión» de *La igualdad...*, en francés).

Revisión técnica de la traducción: Basilia Papastamatiu («Prefacio» de *La igualdad de las razas humanas*, en francés).

Edición y diseño interior: Maricel Bauzá

Diseño de cubierta: Dania Iskra Caraballosa Fuentes

© Todos los derechos reservados, 2011

© Sobre la presente edición,

Editorial de Ciencias Sociales, 2011

ISBN 978-959-06-1341-8

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO

Editorial de Ciencias Sociales

Calle 14, no. 4104 entre 41 y 43, Playa

Ciudad de La Habana, Cuba

editorialmil@cubarte.cult.cu

ÍNDICE

Presentación	/1
Prefacio	/3
Introducción por Carolyn Fluehr-Lobban	/15
Bibliografía y referencias citadas	/72
Conclusión	/77

PRESENTACIÓN

La obra antropológica del periodista y político haitiano Joseph-Anténor Firmin (1850-1911), conocido como Anténor Firmin, se destaca principalmente por su libro *De l'Égalité des Races Humaines* (*La igualdad de las razas humanas*), que fue dado a conocer como una contundente refutación al famoso libro del filósofo francés Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882), *Essai sur l'inégalité des Races Humaines* (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*), considerada como la obra inicial del pensamiento racista.

En su libro Gobineau resalta la superioridad de una supuesta «raza aria» y la inferioridad de una supuesta «raza negra», así como de las personas que tienen la piel más oscura que otras. Este pensamiento fue compartido de manera general por la cultura europea de la época para argumentar las campañas de conquista y explotación. Firmin, en su trabajo precursor de 1885, sostiene todo lo contrario, y afirma que «todos los hombres tienen las mismas cualidades y faltas, sin distinción de color o formas anatómicas. Las razas son iguales». En este sentido, aunque acepta la noción de «raza» como concepto biológico propio de la época dedica un amplio volumen a demostrar la igualdad de la especie.

Firmin sostuvo vínculos patrióticos con Betances y Martí a favor de la independencia de Las Antillas. En una carta a Sotero Figueroa el 9 de julio de 1893, José Martí le comenta: «Ayer hablé de Vd. con un haitiano extraordinario, que por Betances y por *Patria* lo conocía; con Anténor Firmin».¹

¹ En Carta a Sotero Figueroa del 9 de junio de 1893, fechada en el Cabo [haitiano]. José Martí: Obras Completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 2, p. 354.

En 1930 el teniente coronel Lino D'Ou (1871-1939) tradujo al español el último capítulo de la obra, así como su conclusión, y la dio a conocer en la página «Ideales de una raza» en el *Diario de la Marina*, La Habana, 6 de abril, y posteriormente fue publicado en dos ediciones de sus *Papeles*.

Este texto² contribuye a recordar su memoria en el centenario de su desaparición física.

JESÚS GUANCHE

² Reproducimos aquí el Prefacio, la Introducción por Carolyn Fluehr-Lobban a la edición en inglés y la Conclusión de *La igualdad de las razas humanas*. [N. de la E.]

PREFACIO

El azar participa, en notable medida, de todas las cosas humanas. Cuando llegué a París no pensaba en modo alguno escribir un libro como este. Por mi profesión de abogado y los estudios realizados, me sentía especialmente dispuesto a ocuparme de cuestiones relativas a las ciencias morales y políticas, no tenía idea de trasladar mi atención hacia una esfera en la que se me podría considerar un profano.

La mayoría de mis amigos pensaban, incluso, que aprovecharía mi estancia en la gran capital para seguir estudios de derecho y obtener así los títulos de licenciatura y de doctorado. Hubiera sido, ciertamente, un resultado digno de mis deseos, no de las exigencias de la solidaridad y de las obligaciones familiares. Sin embargo, amén de cualquier otra razón, creo que cuando uno ha trabajado conscientemente en su país para merecer el título que posee, es inútil reiniciar una carrera de estudiante en una rama del conocimiento ya transitada con más o menos de éxito. Hay otras necesidades espirituales que exigen también ser satisfechas. Al hacerlo se compensa ampliamente la falta de un título infinitamente apreciable, pero cuya ausencia no le quita ningún mérito al trabajo realizado fuera de las universidades europeas.

Fue esto lo que me motivó a llevar a cabo esta obra. El señor Dr. Auburtin, sobre cuyo carácter simpático y liberal ningún elogio sería suficiente, se reunió varias veces conmigo, y con la deferencia de encontrar interesantes las conversaciones que tuvimos, me hizo el ge-

neroso ofrecimiento de proponerme para la votación de la Sociedad de Antropología de París. Yo lo acepté con gratitud, pues por ser espontáneo tenía más valor aún, ya que mis estudios generales me permitían aprovechar de inmediato los trabajos de esta sociedad, en la que tantos hombres eminentes se reúnen para discutir los asuntos más elevados y más interesantes que uno se pueda imaginar, dado que se trata del estudio del hombre.

La recomendación del señor Auburtin tuvo éxito. Presentado por él y por los señores de Mortillet y Janvier, fui elegido miembro titular de esta sabia sociedad, en su sesión del 17 de julio del año pasado. Les manifiesto ahora mi gran y profundo reconocimiento.

No tengo que ocultarlo. Mi mente siempre se ha sentido disgustada al leer diversos libros que afirman dogmáticamente la desigualdad de las razas humanas y la inferioridad congénita de la negra. Convertido ya en miembro de la Sociedad de Antropología de París, ¿no debía esto parecerme aún más incomprensible e ilógico? ¿Es natural acaso ver ocupar un sitio dentro de la misma sociedad y con el mismo rango a hombres que la misma ciencia que se supone que ellos representan, parece declarar desiguales? Al reanudar nuestros trabajos, desde fines del año pasado, yo hubiera podido provocar, dentro de la Sociedad, una discusión para aclarar esta cuestión, o, por lo menos, para conocer las razones científicas que autorizan a la mayoría de mis sabios colegas a dividir a la especie humana en razas superiores y razas inferiores; pero, ¿no hubiera sido considerado como un intruso? Un cuestionamiento desafortunado, ¿no habría hecho fracasar mi planteo previamente a su examen? El sentido común, simplemente, me conducía a una duda legítima. Fue entonces cuando concebí la

idea de escribir este libro, que me atrevo a recomendar para su meditación e indulgencia a los hombres especiales. Todo lo que puedan encontrar de bueno en él hay que atribuirlo a la excelencia del método positivo que he tratado de aplicar en la antropología, apoyando todas mis inducciones en los principios ya reconocidos por las ciencias definitivamente establecidas. Al hacer esto, el estudio de los temas antropológicos adopta un carácter cuyo valor es indiscutible.

Es cierto que un asunto como ese requiere largos y laboriosos estudios. La precipitación con que lo he tratado puede ir en desmedro del resultado deseado. Pero no contaré siempre con ocios involuntarios. El tiempo apremia; y desconozco si, entre mis congéneres de la raza negra, haya quienes cuenten con la suficiente suma de buena voluntad y paciencia acumuladas como la que me hizo falta emplear para elaborar, combinar y presentar los argumentos y las investigaciones de la manera en que me he esforzado en hacerlo.

¿He logrado en alguna medida, en mi libro, la claridad, la precisión, todos los atractivos que capturan la mente y producen ese encanto de las obras destinadas a promover ideas justas, pero todavía cuestionadas y desconocidas? No me atrevo a esperar tanto. Nunca he tenido plena confianza en mi talento como estilista. Además, las condiciones morales en las cuales me encontraba al escribir la tesis sobre la igualdad de las razas, ejercieron seguramente en mi mente una influencia deprimente y afectaron la elegancia y sobre todo el alcance de las expresiones, que dependen siempre de la buena salud espiritual, del ardor expansivo del corazón.

Sin duda, aquí y allá, se me han escapado algunas incorrecciones. Pido al lector total indulgencia y le ruego

que considere las dificultades de los temas que he tenido que abarcar y la prisa que las circunstancias, por decirlo así, me han impuesto. Tal vez he confiado demasiado en mis fuerzas. A veces me di cuenta. Solo mi sed de verdad y mi necesidad de ver la luz me han sostenido en el transcurso de este trabajo. Sin embargo, sea cual sea el resultado que obtenga, jamás lamentaré haberme dedicado a él.

En esta masa flotante de la humanidad que gira sobre sí misma —dijo el Sr. Mason—, hay un movimiento ordenado. Nuestro pequeño círculo es parte de un gran círculo y nuestra mente se satisface en cada instante en que percibe una verdad nueva. La búsqueda de esta verdad fortalece la inteligencia: se produce así la selección natural de la mente. Y mientras que algunos se cansan y son incapaces de ir más lejos, otros van hacia adelante y se fortalecen con el esfuerzo.¹

En todo caso, al defender la tesis que fundamenta este volumen, me he esforzado sobre todo por estar a la altura del beneplácito con que lo recibió la Sociedad de Antropología de París. Es mi reconocimiento a cada uno de sus miembros, mis honorables colegas. A menudo encuentro contradicción con la mayoría de los antropólogos y de sus opiniones; sin embargo, respeto y honro infinitamente su alto valor intelectual. Me gusta creer que cuando reflexionen sobre todas las cuestiones que planteo en mi objeción, se inclinarán por

¹ «L'anthropologie, son domaine et son but», en *Revue scientifique*, 1° de diciembre, 1883.

modificar sus opiniones con respecto a las capacidades de mi raza. No porque piense que haya realizado excelentemente la tarea que me he impuesto; pero a los hombres inteligentes y cultos es suficiente con exponerles un orden en las ideas, para que la verdad relumbre ante sus ojos con una elocuente evidencia: *Verum animo satis hoc vestigia parva sagaci sunt.*²

Soy negro. Por otro lado, siempre he considerado el culto a la ciencia como lo único verdadero, lo único digno de atención constante y de abnegación infinita de todo hombre que se deja guiar por el razonamiento libre. ¿Cómo podría yo, entonces, conciliar las conclusiones negativas que al parecer se extraen de esta misma ciencia sobre las aptitudes de los negros, con esta veneración apasionada y profunda que es una imperiosa necesidad de mi espíritu? ¿Podría acaso abstraerme del rango de mis congéneres y considerarme como una excepción entre otras excepciones? Soy ciertamente demasiado lógico en mis concepciones como para detenerme en considerar una afirmación tan orgullosa, engañosa y loca. No existe ninguna diferencia entre el negro de África y el de Haití. Jamás podría entender que, cuando se habla de la inferioridad de la raza negra, se aluda más al primero que al segundo. Aunque a mí me complaciera un pensamiento tan mentiroso y sin validez, la realidad, que no miente, me haría sentir en todo momento, que resulté totalmente atrapado por el desprecio sistemático que se profesa contra el africano. Si el negro antillano da pruebas de una inteligencia superior, si demuestra tener habilidades que no poseían sus ancestros, es a estos a quienes se los debe, al menos

² Lucrecio, *De natura rerum*, Libro I, v. 396.

en parte, por haber heredado de ellos el primer germen mental que la selección ha desarrollado y fortalecido en él.

Haití debe servir para la rehabilitación de África. Es por eso que he tomado constantemente mis ejemplos solo de la República haitiana cada vez que tenía que demostrar las cualidades morales e intelectuales de la raza negra. De el negro al mulato, hay un buen número de cruzamientos antropológicos. Ya he mencionado bastantes nombres, y lamento que el carácter de mi trabajo y el miedo a la monotonía no me hayan permitido citar más. Aunque sí me gustaría nombrar, junto con los otros ejemplos de la raza haitiana, a los señores Alfred Box, Anselin, Nelson Desroches, Edmond Roumain, Georges Sylvain y Edmond Cantin; así como muchos otros brillantes jóvenes intelectuales, si no fuera por el temor a fallar que tanto he tratado de evitar en este libro.

Pero ¿Haití ofrece uno de los ejemplos más alentadores a favor de la raza que tiene el orgullo de representar entre los pueblos civilizados? ¿Cómo prueba la posesión de cualidades que se niegan a los negros africanos? Para responder correctamente a estas preguntas, sería necesario desarrollar una nueva tesis que requeriría al menos la escritura de un extenso volumen. Además muchos de mis compatriotas ya la han desarrollado brillantemente. Basta con leerlas para comprobar todo lo que hay de lógica profunda y de ciencia minuciosa en los argumentos que han sabido extraer de la sociología y de la filosofía de la historia.

Pero ante todo hay que comenzar por preguntarse: si la doctrina de la desigualdad de las razas ha creado los más estúpidos prejuicios, ha producido uno de los más perjudiciales antagonismos entre los componentes

del pueblo haitiano, ¿no es acaso la causa más evidente de las discrepancias y de las rivalidades intestinas que han frenado y aniquilado las mejores capacidades de esta joven y orgullosa nación? ¿La ausencia de todo estímulo real para su desarrollo social no se debe a la desacertada creencia que se tiene de su inferioridad? ¿No habría que atribuir todas las calamidades que se han desatado sobre ella a las pretensiones siempre ridículas de los unos y a las reclamaciones a menudo torpes de los otros? Para obtener todos los resultados que tenemos el derecho de exigir a la raza haitiana, hay que esperar que, una vez que la enseñanza se extienda sin reservas en las masas, logre por fin reprimir y destruir todos esos prejuicios que son como una piedra que obstruye el avance del progreso.

Esta era llegará indefectiblemente. Otros pueblos más antiguos han vivido penosamente durante mucho tiempo en el desorden y la barbarie; pero a la hora señalada por el destino, el sol del progreso y de la regeneración ha aparecido en el horizonte nacional, sin que ningún obstáculo pudiera apagar esa luz. Encuentro en estos ejemplos, elocuentes y significativos, una fuerza reconfortante, una esperanza firme.

No se crea, sin embargo, que acepto sin reservas el método que consiste en recurrir siempre a comparaciones históricas cuando se trata de justificar un error o prácticas desafortunadas en la vida de un pueblo joven. Estas comparaciones tienen un motivo racional, pueden demostrar que todos los pueblos y todas las razas que han alcanzado la civilización, antes de lograrlo, han atravesado fatalmente un período más o menos largo de tanteos y de una organización inferior. ¿No constituirían, sin embargo, un verdadero peligro, si se les usara

para la justificación de determinados abusos, que tienen sin duda precedentes históricos, pero cuya influencia ha sido reconocida generalmente como perjudicial para toda evolución social?

El estudio del pasado, si se entiende así, en vez de ser beneficioso para los pueblos jóvenes a los que debemos estimular en la búsqueda de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, solo serviría para inspirar una apatía perniciosa, una indolencia mortífera contraria a toda acción reformadora y evolucionista. Llevados por un razonamiento falso, podrían convencerse muy bien de que tienen la libertad de continuar por las vías menos progresivas, dado que ilustres naciones lo han hecho durante mucho tiempo. Este es un error que hace falta evitar. Por otra parte, a pesar de que reconozco que la raza negra de Haití ha evolucionado con una rapidez asombrosa, no puedo de ninguna manera negar que le hace falta hacer muchos esfuerzos, todavía ahora, para terminar con ciertas costumbres que pueden paralizar su desarrollo. Cuando se anda con retraso, no conviene entretenerse en el camino.

No me creo ni un valiente ni un sabio. Trato solamente de aportar mi abnegación y mi buena voluntad a la verdad que trato de defender. Qué orgulloso me sentiría si todos los hombres negros y sus descendientes se convencieran por la lectura de este libro de que tienen el deber de trabajar, de superarse continuamente para librar a su raza de lo que se le imputa injustamente y que desde hace tanto tiempo la abate. ¡Qué feliz me haría ver a mi país —al que amo y venero infinitamente por sus mismas desgracias y su existencia laboriosa—, comprender finalmente que tiene una tarea muy especial y delicada que cumplir, la de mostrar al mundo en-

tero que todos los hombres, negros o blancos, son iguales por sus cualidades como lo son en cuanto a derechos! Tengo una profunda convicción: una viva y luminosa esperanza que me dice que este deseo se realizará.

Por otra parte, ¿las propias leyes de la evolución acaso no indican y justifican esta aspiración? Una vez en movimiento, ¿no es el destino ineluctable de toda sociedad humana caminar, perseverar en la búsqueda del perfeccionamiento? Basta, en efecto, con liberar las fuerzas morales, que son el alma del progreso de cualquier represión paralizante, para que el desarrollo gradual y armónico se produzca espontáneamente, por la misma elasticidad de todo organismo social. Un pueblo joven y vigoroso debe apelar también a la libertad como principio para su salvación. Todas las leyes naturales y sociológicas se conjugan para proclamar esta verdad.

Tanto en Haití como en todas partes, la raza negra necesita la libertad, una libertad real, efectiva, civil y política, para poder desarrollarse y progresar. Si la esclavitud horroriza, horrible también le debe parecer el despotismo. Porque el despotismo no es otra cosa que una esclavitud moral; permite la libertad de movimientos a los pies y las manos; pero encadena y engarrota el alma humana, asfixiando el pensamiento. ¡Por lo tanto es indispensable recordar que es el alma, es decir la fuerza de la inteligencia y de la mente, la que opera interiormente la transformación, la redención y la recuperación de todas las razas, bajo el impulso de una voluntad libre, iluminada, liberada de toda opresión tiránica!

Desde el señor Gobineau, cegado por la pasión, hasta el señor Bonneau, a menudo tan imparcial, se ha repetido demasiado que «el hombre negro no entiende el

concepto de gobierno sin despotismo»; han abusado de esta opinión —corroborada con desafortunados ejemplos—, para declarar que la inferioridad moral del etíope le impide alcanzar la noción exacta del respeto que se debe a la persona humana, sin lo cual la libertad individual deja de ser algo sagrado.

Deseo para mi raza, en cualquier lugar del mundo en que viva y se gobierne a sí misma, que rompa con las prácticas arbitrarias, con el desprecio sistemático de las leyes y de la libertad, con el desdén de las formas legales y de la justicia distributiva, asuntos soberanamente respetables porque constituyen el coronamiento efectivo del edificio moral que la civilización moderna erige laboriosa y gloriosamente sobre las ruinas acumuladas de las ideas medievales.

Y es sobre todo de Haití de donde debe salir el ejemplo. ¿Los negros haitianos no han dado ya pruebas, acaso, de la más espléndida inteligencia y de la más brillante energía? Hombres de Estado o escritores, jóvenes o ancianos, pronto comprenderán que la regeneración de la sangre africana solo será completa cuando además de preocuparse por su libertad y sus derechos, demuestren ser respetuosos de la libertad y de los derechos de los demás. A ello deberá también el etíope esa aureola que embellece nuestro rostro y la transfigura, la del esplendor de la dignidad moral, la única nobleza natural que eleva e iguala a todos los hombres y a todas las razas.

¡Que se engrandezca entonces, que prospere y se eleve sin cesar, de progreso en progreso, esta raza negra tan llena de vigor y de generosa vitalidad, digna y orgullosa, inteligente y trabajadora! Para ayudarla en su ascenso, nunca serán demasiados los obreros ni tam-

co suficiente la consagración a la causa. Este libro es mi humilde y respetuosa ofrenda a la raza en un espíritu religioso. Algún día otros lo harán mejor, pero no con más pasión por su rehabilitación y su gloria de lo que yo lo he hecho.

ANTÉNOR FIRMIN
París, 11 de mayo de 1885

INTRODUCCIÓN*

Circunstancias

Durante las pasadas dos décadas he enseñado un curso en Rhode Island College que organicé, cuya denominación es «Antropología de raza y racismo». Ha devenido un curso muy exitoso y popular que atrae a diversos grupos de estudiantes cada semestre que enseño. Como parte de ese curso estudiamos las construcciones biológicas y sociales de la raza y desmantelamos los mitos presentes en las consideraciones del pensamiento occidental sobre raza. Parte de esa revisión incluye las observaciones de escritores europeos cuyos trabajos han tenido un gran impacto sobre el pensamiento racista, incluido el trabajo del conde Arthur de Gobineau. En una ocasión, cuando enseñaba ese segmento del curso, un estudiante haitiano, Jacques Raphael Georges, me preguntó si yo conocía la obra de Anténor Firmin, un académico haitiano del siglo XIX que escribió una respuesta a la obra de Gobineau. Le respondí que no lo conocía, pero que estaría interesada en leer el libro.

Comencé a buscar en las bibliotecas de los Estados Unidos los títulos que contuvieran las palabras *igualdad*, *razas*, *antropología* bajo el nombre de Firmin. Jacques se comprometió a buscar el trabajo durante su próximo

* Carolyn Fluehr-Lobban (2002): «Introduction», en Anténor Firmin: *The Equality of the Human Races*, University of Illinois Press.

viaje a Haití, pero no pudo localizar el volumen, aunque lo había estudiado cuando era un niño en su país. Todo el esfuerzo para localizar el trabajo de Firmin durante algunos años fue en vano.

En 1994 conocí a un académico haitiano y traductor de inglés, Asselin Charles, quien estaba disertando en la Rhode Island Black Heritage Society sobre la crisis en Haití en ese momento. Le mencioné a Firmin y sobre la búsqueda que estaba haciendo y el Dr. Charles me hizo saber que lo conocía como uno de los grandes académicos y políticos de Haití, pero que él tampoco había visto una copia de su libro. No obstante, su búsqueda posterior fue más exitosa que la mía. Él localizó en Smithsonian Institution una de las pocas copias que podían ser encontradas en los Estados Unidos de *La igualdad de las razas humanas* de Anténor Firmin. Por lo que finalmente, tuve la oportunidad de revisar el libro e inmediatamente lo reconocí como un notable trabajo de antropología. El Dr. Charles, por su parte, apreció el motivo de la reputación que Firmin tiene como académico en Haití. Ambos concordamos en que el desconocimiento de la obra de Firmin era injustificado y que la reintroducción de su trabajo en la audiencia angloparlante era un imperativo. Nos enrolamos en un proyecto conjunto, que incluía la traducción de las seiscientas sesenta y dos páginas del manuscrito de *La igualdad de las razas* y un estudio introductorio acerca de Firmin como pionero de la antropología y del panafricanismo.¹

¹ Deseo expresar mi gratitud a la Dra. Edwige Lefebvre-Leclercq, quien condujo la investigación en los archivos de la Société d'Anthropologie de Paris en el Musée de l'Homme. Ella logró

Reclamando el carácter de pionero para un trabajo de antropología

La igualdad de las razas humanas es un libro coruovedor y trascendental. Escrito en el siglo XIX, desconocido para todos, excepto para unos pocos especialistas en el siglo XX; no obstante, es una obra que todavía puede captar la atención de académicos e inspirar a lectores en el nuevo milenio.

De l'Égalité des Races Humaines fue publicado por Anténor Firmin en 1885 (París) como respuesta al pensamiento racista europeo predominante en el siglo XIX. El título y la impugnación de Firmin estuvieron especialmente dirigidos contra la obra del conde Arthur de Gobineau cuyo trabajo en cuatro volúmenes, *Essai sur l'Inégalité des Races Humaines* (1853-1855), había encontrado su signo en el «siglo del progreso». La obra racista de Gobineau fue la primera afirmación sobre la superioridad de los pueblos arios y, entre otros muchos, la reafirmación de la inferioridad de los negros: La obra de Firmin, por el contrario, afirmaba que «Todos los hombres están dotados de las mismas cualidades y las mismas faltas, sin distinción de color o forma anatómica. Las razas son iguales» (p. 450). Tal como Ashley Montagu ha afirmado: «Es un hecho que vale la pena reiterar

encontrar la información relativa a los integrantes de la Sociedad, así como sobre los años durante los cuales Firmin fue un miembro activo. También hizo lecturas críticas de partes del manuscrito sobre mi interpretación de la historia intelectual y colonial de Francia. Igualmente, sus sugerencias para el esclarecimiento y mejoramiento del texto han sido de suma utilidad.

el que a través del siglo XIX tan solo un puñado de voces científicas se alzaban contra la noción de la jerarquía de las razas» (1997:80, orig. 1942). Así también, el libro de Firmin fue una respuesta científica a los puntos de vista dominantes de la antropología física francesa y europea, especialmente el de la clasificación física ejemplificada por la antropometría creada por Paul Broca.

Selecciones del mamotreto racista de Gobineau fueron traducidas del francés al inglés en 1856, 1913 y 1924 y aparecieron cinco ediciones alemanas entre 1910 y 1939, en las que De Gobineau fue leído y admirado por Richard Wagner, su hijo político Houston Chamberlain y, quizás por Adolph Hitler, quien incorporó ideas similares en la ideología nazi. La última edición alemana fue impresa en 1939-1940 durante el Tercer Reich. Los escritos de Gobineau han sido estudiados a través del siglo XX, con una notable atención dedicada a las compilaciones de sus trabajos como, por ejemplo, las series francesas *Études Gobiniennes* inaugurada en 1966. Obras de Gobineau fueron incluidas en la Oxford Library of French Classics (1966).

Mientras tanto, el trabajo de Anténor Firmin, junto a otro académico y activista del Nuevo Mundo de la misma época, habían sido generalmente ignorados y permanecían desconocidos. Nacido en 1850, en la norteña región de Cap Haitien, Firmin fue un producto de la tercera generación de la postindependencia haitiana, justificadamente orgullosa del heroico logro de la primera república negra en el mundo, la República Negra de Haití de 1804, ocurrida solamente 28 años después de la declaración de independencia de las trece colonias británicas en América del Norte. Cuán diferente pudo haber sido el siglo XX si el pensamiento

antirracista de Firmin y de otros con ideas similares en el siglo XIX, no hubiera estado dominado por la sostenida influencia de la ideología occidental, representada por el legado racista de Gobineau y sus descendientes intelectuales, los socialdarwinistas y los eugenésicos.

La obra de Firmin, tan excepcional, puede ser considerada, junto a la de otros haitianos y académicos del Nuevo Mundo de su generación cuyas obras han sido ignoradas por la academia establecida. Esos son los casos de Louis-Joseph Janvier que publicó un ensayo, «La igualdad de las razas», en 1884; Martin Delany, autor del ensayo *Principia of Ethnology. The Origins of Races and Color* en 1879 (reimpresa en 1991); y la obra de Hannibal Price *De la Réhabilitation de la Race Noire par la République d'Haiti* de 1900.

Firmin reconoció su deuda con las generaciones precedentes de revolucionarios haitianos, inspirados no solo por la simple verdad de que ellos estuvieran expuestos al influjo de las demandas de la Revolución Francesa de igualdad, fraternidad y libertad para todos los seres humanos, una simple verdad que subraya sus premisas básicas. Pero *La igualdad de las razas humanas* es mucho más que una obra de retórica política, ella presagió muchas de las tendencias fundacionales del panafricanismo practicado por escritores de finales del siglo XIX, así como contribuyó al nacimiento de los vínculos entre el Nuevo Mundo y África que modelaron el tránsito hacia el siglo XX con el crecimiento del movimiento panafricanista y el desarrollo de la obra de los gigantes intelectuales del movimiento, como el estadounidense W. E. B. DuBois y el haitiano Jean Price-Mars. Por consiguiente, Firmin ha sido reconocido en los estudios panafricanos como uno de sus pioneros. Al respecto G. R. Coultrand ha afirma-

do, «escritores como Firmin, Hannibal Price, Claude McKay, George Padmore, Jean Price-Mars eran la vanguardia de la reevaluación de la cultura africana mucho antes de que despertara el nacionalismo en África y antes de que el concepto de «negritud» fuera desarrollado en el Caribe» (1962:117). Adicionalmente, Firmin es reconocido en esos círculos como hombre de Estado y revolucionario, así como un importante académico. En su producción intelectual él confrontó la firme configuración del pensamiento racista en los albores de la infancia de las Ciencias Sociales, desafiando las asunciones acerca de la inferioridad de los negros, por lo que sus intereses intelectuales y su aliento han sido comparados con los de W.E.B. DuBois, un hombre que conoció la obra de Firmin y con quien participó en el Primer Congreso Panafricano celebrado en Londres en 1900.

Pero sería un error simplificar el punto de vista de que Firmin es solo un precoz escritor panafricanista que afirmaba «el orgullo negro» frente al racismo europeo. *La igualdad de las razas humanas* es más que eso, es una importante y aún desconocida obra producida en el inicio del desarrollo de la antropología como campo del conocimiento. Es un trabajo antropológico de tanto valor como *Anthropology* (1881), de E. B. Tylor. Sin embargo, Firmin es científicamente más preciso en su desafío y crítica al concepto de razas superiores e inferiores que Tylor aceptó. Comparando los respectivos capítulos de estos autores sobre las razas se pone de manifiesto que Firmin propone una orientación hacia un punto de vista moderno, crítico, acerca de la raza y su clasificación; mientras que Tylor, como los académicos europeos de su tiempo, era sutil y no tan sutilmente, discrimina-

torio entre las razas claras —superiores—, y las oscuras —inferiores.

Firmin vislumbró el potencial revolucionario del pensamiento antropológico, su base cognoscitiva global e histórica, para cambiar paradigmas a través del empleo de un estudio de carácter positivista sobre los humanos. Su capítulo «Antropología, su importancia, definiciones y alcance» comienza con uno de los mejores y más anticipados enunciados de una definición detallada de la antropología como una nueva disciplina científica. Quizás porque Firmin escribió en francés y no en inglés, o tal vez porque él era haitiano y no francés, su obra fue ignorada, devino desconocida y quedó fuera de la posibilidad de ser reimpressa hasta 1968 (edición Panorama) y 1985 (edición Fardin), cuando *La igualdad de las razas humanas* fue reproducida en su forma original y puesta a disposición de una nueva generación de haitianos [comunicación personal de Leon-François Hoffman]. Por eso, el presente esfuerzo para rescatar y rehabilitar la obra de Anténor Firmin de una injustificada invisibilidad, puede permitir que en la actualidad sea recibida y reconocida, probablemente, como la del primer antropólogo de ascendencia africana, autor de un trabajo sistemático en el campo de la antropología. En los títulos de los capítulos de *La igualdad de las razas humanas* cualquier antropólogo contemporáneo podrá reconocer lo afirmado anteriormente, véanse, por ejemplo, los siguientes títulos: «Introducción a la antropología», «Monogenismo y poligenismo», «Bases para la clasificación de las razas humanas», «Comparaciones físicas de las razas humanas», «La clasificación jerárquica de las razas humanas», «Razas mezcladas e igualdad racial», «Egipto y la civilización», «Indios y arios»,

«Solidaridad europea y raza», «El papel de la raza negra en la historia de la civilización», «Sus teorías y sus lógicas consecuencias».

La igualdad de las razas humanas como una obra pionera de la antropología

La igualdad de las razas humanas fue tanto una impugnación a las ideas racistas de Gobineau como una afirmación positiva del potencial de la objetividad antropológica para el estudio de las diferencias humanas sin el lastre de las clasificaciones biológicas o sociales. La obra no solo es una respuesta al trabajo de Gobineau sobre *La desigualdad de las razas humanas* sino, también, a la intelectualidad característica del pensamiento europeo y americano, incluyendo a la mayoría de los antropólogos físicos de los inicios del desarrollo de esa ciencia. Los temas antirracistas y el uso de la antropología en la afirmación de la igualdad humana por Firmin, fueron marginalizados e ignorados en su tiempo, sin duda, debido a que esa premisa revolucionaria estaba expuesta en el título de la obra.

En tanto un libro que se describe a sí mismo como un trabajo de *Antropología positivista*, su enorme libro figura entre las primeras disertaciones publicadas que utilizan el término *antropología* en un sentido moderno para indicar su alcance y misión. Definido como «el estudio del hombre en sus dimensiones físicas, intelectuales y morales, tal y como se hayan presentes en cualquiera de las diferentes razas que constituyen la especie humana» (p. 10), desde una perspectiva científica

amplia, integrada, que diferenciaba el trabajo de Firmin del estrecho punto de mira físico.

La antropología fue reconocida como una ciencia con objeto de estudio propio tan solo hacia las últimas dos décadas del siglo XIX. Aunque las sociedades etnológicas habían sido fundadas en París en 1839, en Londres en 1841 y en Nueva York en 1842, esas sociedades académicas y de discusión, aún no habían formulado la aproximación abarcadora que la antropología vino a representar, especialmente bajo el liderazgo de Franz Boas en los Estados Unidos, durante el siglo XX. La institucionalización de la antropología comenzó con la primera posición adelantada por un antropólogo en Oxford, Inglaterra en 1884 y en los Estados Unidos en la Universidad de Harvard, que estableció el primer Departamento de Arqueología y Etnología en 1888.

La tradición francesa con la que Firmin se familiarizó más estaba dominada por la racista antropología física fundada por Paul Broca, quien fuera reconocido como el decano de la antropología francesa hasta su fallecimiento en 1880 y por el sucesor de Broca, Paul Topinard, quien fue el líder de la Sociedad Antropológica de París, de la que Firmin fuera un activo miembro. La antropología de finales del siglo XIX, como una tendencia específica para el estudio del hombre, estuvo dominada por Durkheim y Mauss, quienes se describieron a sí mismos como «sociólogos» más que como antropólogos, especialmente después de 1890. Aunque la Sociedad Antropológica de París estaba entre las primeras de Europa, la disciplina «antropología» no ganó amplia aceptación en la academia francesa hasta el siglo XX (Hongimann, 1976:112). Al respecto, el uso que Firmin hizo del término antropología en el subtítulo de su obra

capital, utilizaba las ideas positivistas de Auguste Comte de 1885, presagiando desarrollos en la sociología-anthropología francesas generalmente más asociadas a Durkheim y Mauss.

La Sociedad Antropológica de París (SAP) fue fundada por Paul Broca en 1859, con su membresía dedicada fundamentalmente, a la antropometría, la craneometría y a las interpretaciones raciales de la información física de los humanos. Broca, era el paladín del momento en el campo poligenista, cuya «ciencia» de la craneología dio continuidad a la pseudociencia de la frenología. En la página en la que aparece el título de la obra, Firmin consigna, entre sus credenciales, la de miembro de la Sociedad Antropológica de París.

Firmin había sido educado en Haití y viajó, a finales de 1883, a París en función diplomática. Allí se encontró con el físico francés Dr. Ernest Aubertin, con su colega el Dr. Gabriel de Mortillet y con el académico haitiano Louis-Joseph Janvier, todos miembros de la SAP. Al percatarse del entusiasta interés de Firmin por la antropología y la raza, el Dr. Aubertin lo condujo a un fórum de la SAP en el que el tema se estaba debatiendo. Los miembros de la SAP antes mencionados respaldaron la nominación de Firmin como aspirante a miembro. En una votación secreta, Firmin fue aceptado, por mayoría, con la categoría de Miembro Titular (número 1 146), el 17 de julio de 1884. Louis-Joseph Janvier había recibido una beca en París en 1877 y pasó los siguientes 28 años en Francia, donde escribió su muy conocida *La République de Haïti y ses Visiteurs*, en 1883, y un ensayo con el mismo título de la obra cumbre de Firmin.

En el Prefacio de *La Igualdad*, Firmin dice que tras su admisión en la SAP consideró solicitar un debate en

la institución sobre el tema de la división de la especie humana en razas superiores e inferiores. Y a continuación explica que: «Corría el riesgo de ser percibido como un intruso y, estando mal dispuestos contra mí, mis colegas podían haber rechazado mi solicitud sin una debida explicación. El sentido común me aconsejó que estaba en lo cierto al dudar y fue entonces que concebí la idea de escribir este libro». Así, *La igualdad...* fue escrita en los siguientes 18 meses, durante los cuales Firmin asistía a las reuniones de la SAP y comentaba crítica y vehementemente acerca de las deliberaciones que incluía en su texto. Debió haber sido dramático o una «cruel paradoja» como observó Jean Price-Mars en su biografía de Firmin (1964:148), que dos haitianos miembros de esa sociedad participaran en las conferencias y disertaciones en las que la inferioridad de la raza negra era vista como un hecho incontestable. ¿Cómo los dos caballeros haitianos enfrentaban esa realidad?, se preguntaba Jean Price-Mars. No fue propenso a aceptar el juicio condescendiente y su recuento de los debates intelectuales en la SAP sobre raza, revela su sentido de la ironía. Según Price-Mars, los dos haitianos probablemente fueron considerados «las honorables excepciones de que no contradecían la regla general» de la inferioridad del negro (*ibid*).

Firmin describe la reunión del 17 de julio de 1884 de la SAP en su capítulo dedicado al monogenismo y el poligenismo, de la que fue testigo como un «apasionado y vehemente» debate entre un monogenista, de Quatrefages, y un poligenista, Sanson, destacando cómo las pasiones se encrespan cuando se aborda el tema de la raza. Pudo haber sido liberalismo francés, o paternalismo, o cierto orgullo francés lo que se expresó en la

misión colonial en St. Domingue/Haití lo que explica que Firmin y Janvier fueran admitidos como miembros de la SAP. Lo cierto es que todo parece indicar que la membrecía en la SAP fue una credencial que Firmin utilizó para añadir legitimidad académica a la hora de expresar sus ideas contrarias tanto a las dominantes de Broca como a las de la antropología poligenista del momento. Y había una clara, aunque minoritaria, voz monogenista de corte religioso en la sociedad a la que se adhirió la voz de Firmin. Aunque sus argumentos se basaban en la ciencia y no en la religión. Sus claras diferencias con Broca pueden ser encontradas a lo largo del texto de *La igualdad...* Confiado en la corrección científica de su unitario punto de vista sobre las razas, Firmin critica el poligenismo preponderante que utilizaba la craneología y la antropometría de Broca: «El progreso científico y nuestro avance incrementan el conocimiento del fenómeno, lo que, sin duda, asestará un golpe mortal a todas sus conclusiones [las de Broca]» (p. 40).

Firmin subtítulo su libro «Antropología Positivista». Al elegir la antropología positivista, Firmin estaba apuntando a la tradición intelectual positivista de Auguste Comte, o sea, la investigación guiada por la evidencia factual. Así, el caso de la igualdad racial era erigido sobre hechos, no simplemente sobre impugnaciones filosóficas. Firmin consideraba que cualquier contribución que su libro pudiera hacer se debía a la aplicación de la metodología positivista a la antropología (véase Prefacio).

A diferencia de sus contemporáneos Firmin no vio en la raza un asunto fijo y discurre que los principios en los que se basaban los tipos y clasificaciones raciales eran anticientíficos, arbitrarios e idiosincráticos. «Observando que los seres humanos siempre han estado en

una relación de interfecundación cada vez que se han puesto en contacto unos con otros, la noción de razas puras es absolutamente cuestionable» (p. 65). A continuación, Firmin expuso la ausencia de acuerdo entre los científicos creadores de clasificaciones, por ejemplo, la falta de acuerdo acerca de si los etíopes o Hamites eran parte de la raza blanca o de la negra. El antropólogo haitiano destacó que la desafortunada tendencia de la clasificación por razas sustentaba las teorías sobre las diferencias raciales que en ese momento conducía a la ciencia, por un lado, a apartarse del punto de vista unitario sobre la especie humana —la posición monogenista—; mientras que del otro, engendraba ideas de evolución y desarrollo separados de las razas —el punto de vista poligenista. Firmin estaba entre los primeros, los monogenistas, y por eso insistía en que las tipologías raciales eran no solo defectuosas como aislamientos individuales —etíopes/negros y caucásicos/blancos— sino que esos tipos «inclusive» fallaban en reconocer o dar cuenta del vigor y de los logros de las poblaciones híbridas del Nuevo Mundo. En esa perspectiva, observó como un acierto la reducción del número de razas humanas de Blumenbach a cinco y de Cuvier a tres, al constituir un desarrollo científico a favor del monogenismo. No obstante, el fracaso de cualquier clasificador racial para incluir o tener en cuenta, especialmente en el Nuevo Mundo, así como en otras partes del globo terráqueo, añadió aún más escepticismo al cuestionable uso de los tipos raciales.

Finalmente, Firmin cuestionó el carácter científico del concepto de raza, una idea que no comenzó a ser cuestionada o aceptada en la antropología general o la física, hasta mucho después de la era boasiana. Sin embargo, de

acuerdo con los nuevos estudios sobre Boas y sus contemporáneos, Vernon Williams (1996) indica que aún el progresista Boas falló acerca de las habilidades mentales de aquellos negros cuyo espacio craneal más pequeño fue medido por los antropólogos físicos. Y aunque Boas fue colega y amigo de académicos afroamericanos como DuBois, él nunca ofreció una explicación sobre el progreso relativo de algunos negros en América, o sea, sobre la hipótesis de «los hombres de elevado genio». La persistencia de la raza como una categoría de pensamiento, la clasificación social y las tipologías raciales, hacen que la crítica de Firmin a la clasificación de las razas sea más relevante en la actualidad que cuando la expuso en 1885. Lo inadecuado y anticientífico de las clasificaciones raciales, en efecto, aún en los Estados Unidos de hoy, subraya la importancia del mensaje esencial de Firmin y la continuación del papel de la antropología para informar y contribuir a los debates públicos.

Con su ataque al uso indebido de la craneometría racial, Firmin estaba desafiando lo que había devenido signo distintivo de la antropología en Europa y Norteamérica en el siglo XIX —o sea, la antropometría (Haller, 1971:71). La antropología francesa fue la mayor innovadora en el campo de las técnicas de medición de las diferencias humanas y en la aplicación de esas mediciones a la clasificación de las razas y, después, en la justificación de la desigualdad social (Smedley, 1993:258-259). La antropología física sostuvo en alto grado ese punto de vista reaccionario sobre la raza hasta bien entrado el siglo XX y muchos de sus herederos, entre ellos Aleš Hrdlička, cuya enseñanza y producción académica afectó generaciones de antropólogos, alimentó puntos de vista en los que los lectores contemporáneos podrían ca-

talogar, sin ninguna dificultad, como racistas. «El problema real del negro americano radica en su cerebro», escribía Hrdlička (1927:208-209) y a continuación exponía sus criterios sobre las razas «retardadas» y las «avanzadas» (Rankin-Hill y Blakey, 1996:74-96). Debo subrayar un comentario que me hizo un estudiante de Hrdlička durante una excavación arqueológica en 1964, yo había estornudado —después del obligatorio «Dios te bendiga», el dijo, «Dr. Hrdlička dice que solo los verdaderos arios estornudan al sol». Esta recolección anecdótica de mi formación en los años de la década de 1960 me ayuda en la actualidad a comprender muy bien la sendocencia que sustentaba la racialización de la antropología física durante otra época. Y, además, es provechoso recalcar que durante ese período la antropología en los Estados Unidos tenía entre sus miembros solamente un antropólogo físico afroamericano, W. Montague Cobb (1904-1990), desde sus días iniciales en la guerra de Corea (*ibid.*).

El significado moderno de antropología como un estudio abarcador de la humanidad, desde lo social, lo cultural, lo lingüístico, tanto como de la perspectiva histórico-arqueológica no fue de uso común hasta el siglo XX. Esto, a la luz del contenido del capítulo de la obra de Firmin sobre el campo de estudio de la antropología, es muy revelador.

Firmin dedicó el primer capítulo de su libro a fijar el objeto de estudio de la antropología, sus definiciones y su importancia como una nueva disciplina, con lo que dio inicio a una de las primeras enunciaciones detalladas sobre la naturaleza y centralidad de la antropología entre las ciencias dedicadas al estudio del ser humano. Para Firmin la antropología era una disciplina

que aspiraba a que otras ciencias devinieran sus «tributarias». «Ningún otro campo es tan complejo como este. En el campo de la antropología, particularmente, uno debe desconfiar de la especialización excesiva, pues ella estrecha los horizontes y hace que el intelecto sea incapaz de considerar cada hecho de una realidad dada» (cap. 1, pp. 3-4).

Al igual que los académicos europeos de esa época, Firmin fue ampliamente leído, no solo en la «etnología» en francés sino también en inglés, en alemán y en latín y griego clásicos y obtuvo la membresía de numerosas asociaciones académicas internacionales. Es significativo que Firmin fuera un producto de la educación haitiana, así como de sus mejores escuelas. Su evaluación de la historia intelectual de la antropología lo condujo a ocuparse del conflicto entre las exigencias hechas por la filosofía y la ciencia acerca de la nueva disciplina. Estuvo intrigado por la obra de varios escritores alemanes, especialmente Fichte, así como por el trabajo del filósofo-científico Immanuel Kant quien había redactado un tratado titulado «Antropología pragmática». También sintió atracción por el pensamiento filosófico de Hegel, el último en definir la antropología como el estudio del espíritu humano, juntar lo natural y vincularlo al mundo material a través del cuerpo físico, y establecer que la unión de esos aspectos es lo que determina el ser humano original. Hegel escribió que ese estado fundamental del hombre es el objeto de la antropología. Por eso la antropología es de más amplio alcance que lo que había sido establecido por Blumenbach y otros cuyo foco de atención fue puesto en el estudio del físico del ser humano, o sea, el estudio de lo que Firmin llamaba «la historia natural de la humanidad». El estudio del crá-

neo y su configuración corresponden más a la geografía física que a la antropología práctica. «El hombre está programado para la vida social, debido a lo que, en definitiva, siempre alcanza a hacer su propia historia» (cap. 1, p. 7). Los antropólogos prácticos dejaron de lado la controversia filosófica sobre la materia (materialismo) y el espíritu (idealismo) y pusieron su atención en el positivismo de Auguste Comte o el evolucionismo de Herbert Spencer, distintivas, respectivamente, de las tradiciones iniciales de la sociología antropológica.

Es Auguste Comte (1798-1857) quien más influyó en Firmin, por su llamado a distinguir la ciencia sociológica, por su capacidad de ir más allá de las ciencias naturales, en su consideración dinámica de la progresiva modificación de la vida humana. No obstante, Firmin abogó tempranamente por la existencia de una ciencia específica de la sociedad, la que prefería llamar «antropología».

Firmin consideró las diferentes definiciones de antropología que existían en sus días como las de Broca, Bertillon, Topinard, de Quatrefages cuyo foco de atención es la historia natural del hombre o su relación con la naturaleza. Por ejemplo, Topinard define antropología como «una rama de la historia natural que estudia al hombre y las diferentes razas humanas». Firmin reconoció esa tradición que se esforzaba por ver al ser humano como parte del mundo animal/natural, pero discrepó de esas estrechas definiciones y le dio mayor alcance a su definición: «Yo defino antropología como el estudio del hombre en sus dimensiones físicas, intelectual y moral, tal como se encuentra entre las diferentes razas que constituyen la especie humana» (cap. 1, p. 13). En esa definición Firmin difiere de muchos de

sus contemporáneos antropólogos europeos con respecto al énfasis en si las diferentes razas humanas constituyen una especie única, pues para muchos de ellos el tema de la unidad de las especies era más equívoca. La antropología, la disciplina que estudia esa compleja criatura, adquiere una importancia cardinal entre las diferentes ciencias, como un puente entre la filosofía y las ciencias naturales. Esa caracterización de la antropología tiene reminiscencia de la contemporánea y muy moderna afirmación, muchas veces citada, de que la antropología es la más científica de las humanidades y la más humanística de las ciencias. Firmin apreció que su definición podía no ser mejor que la de aquellos que lo precedieron, pero «la mía ofrece una idea clara de las diferentes disciplinas que considero un antropólogo debe tener conocimiento» (*ibid*). Así, el punto de vista de Firmin se alza como una de las primeras enunciaciones «holísticas» del aliento de la indagación antropológica, así como del poder potencial de su capacidad para sintetizar el conocimiento. Al respecto, el trabajo de Firmin representa un presagio de la antropología boasiana, la que se desarrolló en el siglo xx en los Estados Unidos, que defendía el punto de vista de la necesidad de que el aliento de la antropología condujera al estudio del «hombre» desde lo físico, lo moral y los histórico. El desacuerdo de Firmin con los postulados de la antropología en sus comienzos se debió al énfasis desmesurado en las mediciones físicas de las diferencias humanas; mientras que fue capaz de vislumbrar el potencial en una antropología que abrazara un estudio integral de la humanidad.

Siguiendo a Comte, Firmin reiteró su categorización de los cuatro campos del conocimiento —cósmico, bio-

lógico, sociológico y filosófico— que todo aquel que practicara la antropología debía estudiar. En otras palabras, la antropología no puede ser un campo del conocimiento estrecho, ella acentúa la integración y síntesis del conocimiento y esa es su gran fortaleza. Esa idea de Firmin contrasta ampliamente con la antropología que fue contemporánea a él, incluso el estudio de la etnología —«la mayoría de los etnólogos hacen de su disciplina una ciencia general de la humanidad»—; mientras que la antropología puede ser rígidamente acusada de lo que Clemence Royer ha acuñado como «esqueleto-manía». Royer, una entre las primeras mujeres antropólogas, tradujo al francés *El Origen de las especies* de Darwin y su crítica a muchos de los antropólogos físicos fue citada por Firmin, particularmente cuando les impugnaba «el notable descuido de las dimensiones morales e intelectuales del hombre, mientras que al mismo tiempo le prestan mucha atención a su dimensión física» (1878, p. 441). Franceses, algunos europeos, así como otros muchos antropólogos estadounidenses, estaban tan preocupados con las mediciones físicas de las diferencias raciales que se apropiaron de un gran número de variables cuantificables como el más sólido argumento de las diferencias fundamentales entre las razas. A pesar de que Royer fue monogenista y crítica del uso desmesurado de la información del esqueleto, ella, sin embargo, aceptó la existencia de una clasificación jerárquica de las razas y los últimos argumentos de Firmin contra sus postulados pueden ser considerados *argumentum ad feminam*, pues, él, finalmente, la desestimó como una mujer incapaz de resolver «problemas de semejante complejidad [que] solo pueden ser estudiados por los hombres» (p. 27).

Firmin observó la total diferencia entre etnografía y etnología, así como sus respectivas diferencias con la antropología. Sobre este asunto vale la pena mencionar que hasta el siglo xx en Francia se utilizaba etnología y etnografía como intercambiables con antropología (Honigmann, 1976:114), por lo que la clara y temprana distinción hecha por Firmin entre esos campos de conocimiento, demuestra su esfuerzo por desarrollar un estudio sistemático de la nueva ciencia, la antropología. La etnografía es la simple descripción de los pueblos, por eso sus practicantes incluyen en sus estudios a los grandes viajeros. La etnología, por su parte, va más allá de la mera descripción de los pueblos al estudiar las diferentes razas, sus variaciones físicas y los factores que explican aptitudes que pueden parecer particulares a cada grupo humano. Mientras que la etnografía es la descripción de los pueblos, la etnología es el estudio sistemático de esos mismos pueblos, pero desde la perspectiva de la raza. El antropólogo llega cuando el etnógrafo y el etnólogo han completado su trabajo. El antropólogo compara al hombre con el resto de los animales para separar el objeto de su estudio del resto de los sujetos que lo rodean. Más específicamente, el antropólogo busca respuesta a las siguientes interrogantes ¿Cuál es la verdadera naturaleza del hombre? ¿Hasta qué punto y bajo qué condiciones el hombre puede desarrollar sus potencialidades? ¿Son todas las razas humanas capaces de alcanzar los mismos niveles de lo intelectual y lo moral? O sea, esta es un área de investigación propia de los esfuerzos de las mejores mentes humanas. «Ella [la antropología] dice de lo que se debe prescindir, al decir —concluye Firmin en el primer capítulo de su obra cuando define el alcance y la misión de la antropolo-

gía— que los antropólogos deben hacer más que establecer alguna clasificación arbitraria de las razas humanas y sus respectivas aptitudes» (p. 13).

Acerca del tema de la significación de los logros raciales, Firmin escribe:

Aquellos que sostienen que los negros son inferiores a todas las otras razas humanas conocen, definitivamente, que hay muchas naciones mongoles y aún blancas que son cien veces más atrasadas que la mayoría de los pueblos de África central. Aún más, para comparar y contrastar las razas, ellos persistirán en poner lado a lado al más salvaje de los africanos y al más refinado de los europeos. Pero la verdad se muestra como debe. El futuro probará cuán inútil pudieron haber sido todos aquellos subterfugios para intentar enmascarar la realidad (cap. 17, p. 403).

Firmin se pronuncia sobre el debate más importante de la actualidad: monogenismo *versus* poligenismo

De Gobineau insistió en que cualquiera que fuera el origen de la raza humana «es cierto que las diferentes familias, en la actualidad, están absolutamente separadas». Él no fue el fundador de la doctrina poligenista; hubo numerosos precursores en el siglo xviii y a comienzos del xix (Stocking, 1968:39); no obstante, ganó una posición dominante con respecto a la mayoría de los antropólogos europeos y estadounidenses debido a su explicación aparentemente «científica» de la diferen-

cia racial, preferida por la narración bíblica de la creación. La SAP estaba constituida casi completamente por miembros fervorosos creyentes de que los blancos y los negros pertenecían a especies diferentes, con lo que contribuían a la desigualdad de las razas (Nicholls, 1979:127), una perspectiva dominante a inicios del desarrollo de la antropología francesa, tan solo un poco menos preponderante que la craneología racial. Su función iniciática fue encubrir «los principales elementos que servían para distinguir las razas humanas» (Tax, 1955:316). Hacia 1859 el poligenismo era la corriente predominante entre la naciente Escuela Americana de Antropología, con los ejemplos primordiales de Samuel Morton, Josiah Nott y George Glidden, cuyos trabajos influyeron a los antropólogos europeos racialistas (Stocking, 1968:39-40).

Firmin se apartó y distinguió marcadamente de la llamada ciencia racista del poligenismo. Él sometió a escrutinio el punto de vista poligenista con evidencias de la unidad física de la especie humana a través de la presencia de las razas híbridas o mixtas en el Nuevo Mundo, no los «estériles mulatos», sino una vigorosa población humana nueva. Broca intentó correlacionar la pigmentación de la piel con la latitud, o sea, el hombre blanco en Europa, el carmelita en América y el negro en África. La reprimenda de Firmin a ese servicio simplista fue el sarcasmo, cuando advirtió que: «Considerar la destreza con la que él [Broca] busca convencernos de que dejar fuera nueve décimas partes de las Américas es prueba de su generosidad. Aún más, es en esa descuidada parte del continente que él pudiera encontrar el mayor de los obstáculos para su razonamiento» (p. 50). Firmin discute los múltiples factores de clima y geografía que afectan el color de la piel tanto como la

forma física, está entre los primeros antropólogos, si no es el primero, que declara la base científica de la pigmentación de la piel, o sea la sustancia melanina, privativa de las células epiteliales de la dermis. Su explicación desde la ciencia natural del color de la piel fue una respuesta a la mitología racista expuesta por J. J. Virey en *Histoire naturelle du genre humain* (1800), de que los africanos exudaban una sustancia aceitosa de color negro que los hacía fisiológicamente diferentes de los caucásicos.

Firmin estuvo entre los primeros en tratar científicamente el vigor de las poblaciones híbridas del Nuevo Mundo en las Américas. Que la interfecundación de pueblos tiene un efecto «eugenésico» positivo, era una posición que Broca no podía aceptar, pues consideraba que la interfecundación reducía la pureza de las razas y, en fin, causaba la disgenia o detrimento de los elementos genéticos. Debe subrayarse que este debate ocurría antes de que las sociedades eugenésicas de Europa y América se constituyeran hacia finales de siglo, con el declarado objetivo de eliminar la mezcla de razas y el matrimonio fuera de los «elementos disgénicos» no europeos. Aquí Firmin empleó el término «eugenesia» para refutar la idea de que el apareamiento entre europeos y africanos (*métissage*), con el paso del tiempo, podría producir una infertilidad progresiva y falta de resistencia. Firmin aludió a la absurda noción de un antropólogo contemporáneo de que «la unión de un negro y una mujer blanca es frecuentemente estéril; mientras que la unión de un hombre blanco y las negras es siempre fecunda». Firmin también desmintió el mito racista de la sexualidad del negro según el cual aunque el pene del hombre negro es más grande en estado flácido, el pene del hom-

bre blanco es más grande en estado de erección y que el canal vaginal de una mujer etíope es más largo que el de una mujer blanca, de lo que se deducía la curiosa lógica sobre la esterilidad y fecundidad ente blancos y negros. Para los poligenistas esta afirmación fue crítica, pues si el «mulato» era verdaderamente el vástago infértil (el término fue tomado de mula) del semental y la burra, entonces la conclusión de que las dos razas eran realmente especies separadas podía ser confirmada:

Cualquiera de los poligenistas puede afirmar, para convencernos, que el vástago de negro y blanco es infértil; no obstante, siempre habrá una prueba que refute esa teoría, una prueba que es más elocuente que cualquier retórica próspera, una prueba basada en los hechos. Realmente, la gran cantidad de *métis* de las dos razas que podemos encontrar en cualquier lugar indican que ellas han estado en permanente contacto, eso es un hecho tan obvio y tan universal que no es necesario recurrir al más dialéctico razonamiento para demostrar su significado. La fecundidad de los mulatos es un hecho tan bien conocido por cualquier persona que haya vivido en países con una población *métis* que uno solo puede sorprenderse de que un científico del calibre de Broca pueda cuestionarlo. La República Dominicana en la isla La española, ofrece una prueba inicial. Muchos blancos todavía permanecen en el país y ellos continúan interfecundándose con gente de variada apariencia de la piel. Como resultado, después de la primera generación de mulatos, encontramos muchas personas de sangre mezcla-

da. Esos individuos son numerosos, y hay tal abundancia de casos que muestran que sus uniones son tan fecundas como las que ocurren entre individuos de raza pura. De Haití puedo hablar con mayor conocimiento de causa, pues es mi tierra natal, mi país de nacimiento. Allí yo he hecho la misma observación, y la evidencia es irrefutable. Después de la independencia han permanecido allí muy pocos blancos en el país y solo un número muy restringido ha llegado con posterioridad. A pesar de ese hecho, el número de mulatos en Haití se ha más que duplicado... no obstante la ausencia de uniones de negros y blancos, los números proporcionan suficiente evidencia de que las uniones entre mulatos son, categóricamente, fecundas (pp. 68-69).

«Los *métis* siempre son inferiores a las razas de sus padres en vitalidad, inteligencia o moralidad», escribía Boudin, quien fue citado por Broca (1860). La necesidad de refutación de semejante tesis de los poligenistas sobre la infertilidad de los vástagos de los apareamientos mixtos, parecen un arcano en la actualidad como le pareció a Firmin en 1885 cuando inquiría: «¿No hay otra cuestión científica más apremiante cuya solución sea de gran importancia para el futuro de la humanidad y el progreso de la civilización?» (cap. 4, p. 70). No obstante, Firmin describió y enfatizó con algún detalle la penosa situación de la casta gobernante de mulatos en la sociedad haitiana y dedicó un considerable esfuerzo a alabar la realización de muchos de los grandes hombres de Haití descritos como «mulatos». Esa descripción no podía incluir al propio Firmin, a pesar de la falsa atri-

bución de algunos de sus oponentes de que Firmin era mulato durante su puja por la presidencia hacia finales del siglo XIX para que los negros del norte no votaran por él. Este es tan solo un ejemplo del complejo legado del racismo que Haití ha sufrido y continúa sufriendo.

Reiteradamente Firmin expuso las bases científicas de la unidad constitutiva de la especie humana, la interacción de la herencia y la adaptación, tal como Darwin, elegantemente, lo había mostrado, revelando una especie unificada en la que las diferencias raciales como el color de la piel y la forma del pelo son insignificantes (cap. 4, p. 81).

Firmin observó una variabilidad similar en la raza con respecto a la forma del pelo y el color de la piel, destacando una diferencia medible en el poblamiento del cuero cabelludo entre personas blancas de pelo rubio y negro, variación en el tipo de cabello atribuida a las variables sequedad o humedad en los climas en los que los humanos se desarrollaban en tiempos prehistóricos. Firmin desmitologizó ciertas diferencias que habían sido utilizadas para probar una diferencia orgánica entre blancos y negros tales como la «membrana del párpado» del ojo, que según Broca era privativo de la raza negra. Ese «hecho imaginario fue tomado seriamente solo para diseñar la erudita conclusión antropológica favorita —que la configuración física del negro es intermedia entre el europeo y el simio» (cap. 4, p. 58). Respondiendo a la afirmación de Quatrefages de que la gente negra sudaba menos que la blanca, pero que «esa ausencia de transpiración es compensada por una respiración abundante/perspiration/», Firmin encontró muy poca diferencia orgánica entre «transpiración» y /«perspiration»/ y habla con la voz autorizada poco es-

cuchada en esos tiempos de un hombre negro: «Soy negro y nada me distingue anatómicamente del más puro sudanés. Sin embargo, transpiro lo suficientemente abundante para poder tener idea de los hechos. Mis congéneres no están más allá de las leyes de la naturaleza» (cap. 4, p. 61). El tono de Firmin es obvio en su rechazo al mito racista del olor del negro: «No me molestaré en discutir el tema de un putativo *sui generis* olor que es, supuestamente, una característica de la raza negra. La idea es más cómica que científica» (cap. 4, p. 63). Finalmente, Firmin trata el mito de la «insensibilidad del sistema nervioso del negro» comparado con el sistema más sensitivo de los blancos, utilizando una perspectiva tanto política como científica. «Esa [insensibilidad] nunca ha sido demostrada. Semejante conclusión estaba basada en la observación de negros que habían sido idiotizados por un tratamiento infernal y desensibilizados por muchísimos azotes. En algunos casos esa aparente insensibilidad era una manifestación de coraje de parte de individuos que podían estoica y orgullosamente sufrir en silencio antes que pasar por cobardes» (cap. 4, p. 63). Firmin universaliza esa «insensibilidad» ante el sufrimiento preguntando: «¿Hemos encontrado casos similares en todas las razas humanas y en todos los períodos de la historia? ¿No sufrieron en silencio los mártires cristianos a manos de los romanos?»

Firmin demostraba su lado político tanto como académico en su capítulo definitivo acerca de la lucha entre monogenismo y poligenismo. Su argumento lo inició revisando la variedad de caracteres establecidos en el siglo XIX, con respecto al debate histórico, identificando para sus lectores quién es un monogenista y quién un poligenista. Se enfrentó directamente a la contradic-

ción fundamental inherente a la gran democracia estadounidense que, como en Haití, es un producto intelectual y político de la Revolución Francesa.

El pueblo de los Estados Unidos —escribió— finalmente comprendió que estaban viviendo en una flagrante contradicción. O sea, es verdad que la libertad, aunque acoplada a la esclavitud, floreció bajo el cielo pagano de Ática [Grecia clásica]... ¿Pero es lo mismo en la civilización yanqui...? Los dueños de esclavos sureños se alineaban alrededor de sus banderas contra los abolicionistas (monogenistas convencidos de la unidad de la humanidad); mientras que invocaban doctrinas poligenistas para afirmar que los negros pertenecían a una especie diferente de los blancos y no podían ser considerados iguales (p. 37).

Sugestivamente, Firmin se percató de que el debate a través del Atlántico no era sobre la esclavitud o su abolición, o sobre cómo encontrar una racionalidad para la colonización, sino acerca del conflicto entre ciencia y religión. Broca, como sus seguidores poligenistas, creían que perseguían una verdad científica contra el monogenismo natural de la Biblia que declaraba que toda la humanidad descendía de una pareja única: Adán y Eva.

Los poligenistas estaban entre los mayores y más poderosos antropólogos del siglo XIX, incluyendo a Robert Knox, presidente de la Sociedad Antropológica de Londres y Paul Broca, ya mencionado como el fundador de la sociedad equivalente de París, mientras que en los Estados Unidos, hombres de impecables credenciales científicas, como el médico y craneólogo Dr. Samuel G.

Morton y el Dr. Josiah Nott y Louis Agassiz, un eminente científico de Harvard cuyo nombre denominó varios premios y honores (Smedley, 1993: 236). Para Morton, los cráneos más grandes eran caucásicos, le seguían los mongoloides y los más pequeños correspondían a los negros. Firmin criticó esas nociones por su exaltación del concepto de «especie» para analizar la diferencia entre los humanos. Mientras que comentó favorablemente la conclusión opuesta alcanzada por un contemporáneo de Broca, el científico alemán Tiedemann, cuyo estudio comparativo del cráneo según la raza, el sexo y la edad sugirió que la aceptada noción de la preeminencia del hombre blanco sobre el negro tenía como causa la educación y no una inteligencia superior innata (p. 149).

La obra *Origen de las razas* (1962), del estadounidense Carleton Coon, puede ser considerada como el último de los trabajos poligenistas en el que se expone la teoría del origen separado de cinco razas humanas diferentes; los argumentos de Firmin, conocidos por la antropología, pudieron haber sido una impugnación relevante en 1962 como lo fueron en 1885.

Firmin reconoció que su hipótesis, relativa a la unidad de la especie humana, era atrevida en su época y expresó que esas ideas nunca antes habían sido presentadas de esa manera. No obstante, su «atrevida» hipótesis ha soportado la prueba del tiempo, a pesar de que los poligenistas que el enfrentó y el texto que escribió en 1885 podía en la actualidad ser utilizado en cursos de Antropología, como lo evidencia la siguiente cita:

La especie humana con su constitución original única y su uniformidad orgánica, que resulta del

hecho de que ella está basada en un cianotipo único, apareció en varias partes del mundo, bajo condiciones estrictamente idénticas, en un determinado punto de la evolución de la vida en el planeta. Sin embargo, después la especie se diversificó en distintos pueblos y razas tan pronto como el clima comenzó a afectar marcadamente los variados ambientes de las diferentes maneras en que lo hace. El hombre primitivo, el primer prototipo de la especie, fue el tosco producto de la evolución humana, ascendiendo de los protozoos, pero aún muy distante de sus logros subsiguientes. En cualquier parte las transformaciones de los diferentes grupos ha ocurrido bajo variadas influencias, todas ellas han retenido la huella de la constitución primordial de la especie, sosteniendo los mismos rasgos intelectuales y morales inscritos en el común cianotipo original (p. 83).

El trabajo de Firmin y la «cuestión de la raza» en la antropología

Algunos antropólogos han argumentado que el nacimiento de la antropología está íntimamente ligado a la cuestión de la raza, que las dos no pueden ser separadas (Harris, 1968). Otros, fuera de la antropología, han declarado que «Los racialistas —pensadores, aficionados y propagandistas— al servicio del imperalismo se refugiaron en una pseudociencia para intentar “probar” la alegada inferioridad del negro. Las voces de los humanitarios, los abolicionistas y de algunos

blancos amigos de los negros fueron virtualmente ahogadas por la pretenciosa efusión de los antropólogos» (Langley, 1973:17). Firmin reconoció la desagradable verdad de que el concepto de raza, en su significado moderno de raza inferior y superior, tenía sus raíces en una idea intelectual nacida de la etnografía de los siglos XVIII y XIX y que los antropólogos habían abrazado unánimemente la doctrina de la desigualdad moral e intelectual» de las razas (p. 145). Ellos desarrollaron sus argumentos como si la desigualdad fuera un hecho probado que no requería demostración científica. Si la antropología está del lado de los que proponen la desigualdad racial, como Morton, Broca, de Quatrefages y de Gobineau, concluía Firmin, la antropología no es una ciencia (p. 156).

Raza y antropología tienen una historia íntima. Debates como los aquí revividos sobre el tema de la raza fueron parte integral de la génesis de la disciplina antropología en el siglo XIX. Y en el siglo XX la ciencia de la antropología ha sido utilizada en la desmitificación de la raza, así como ha contribuido instrumentalmente al minado de los mitos pseudocientíficos sobre la raza. Desde el siglo XVIII en la filosofía europea las ideas opuestas de igualdad y desigualdad sociales tenían estatus filosófico (*ibid*, 1970:24). La antropología, al igual que otras disciplinas, tiene practicantes racistas y antirracistas y cualquier esfuerzo tanto para un elogio acríptico como para condenar la investigación es una tergiversación del hecho. Algunas de las más importantes personalidades de la antropología han sido asociadas al antirracismo en su desempeño académico y en sus vidas personales y han sido activistas, como fueron los casos de Franz Boas, Ashley Montagu o Margaret Mead. Sin embargo, algu-

nos poderosos hombres de ciencia asociados a la academia racista también han sido antropólogos, tales como Paul Broca, Ernest Hooton y Carleton Coon.

A. Comparación sobre la raza entre La igualdad de las razas humanas de Anténor Firmin (1885) y Antropología de E. B. Tylor (1881)

A continuación se ofrece una reseña y comparación del tema de la raza entre lo que generalmente es reconocido como el primer texto de antropología escrito por E. B. Tylor, titulado *Antropología y La igualdad de las razas humanas*, de Firmin.

El capítulo de Tylor titulado «Razas de la Humanidad» reconoce que el primer asunto que surge sobre el tema de la raza es si las razas difieren intelectualmente y si eso puede ser medible a través de la comparación del tamaño de los cráneos (U. S. edición, 1902, p. 60). Su respuesta es afirmativa, señalando que esa diferencia puede ser mostrada ya que «en efecto, [es] una diferencia considerable». Como prueba de la diferencia racial, ofrece el resultado de los estudios craneométricos de Flower (quien llenó esqueletos de cerebros con perdigones o semillas) para estimar el contenido de los cráneos en pulgadas cúbicas, de lo que obtuvo las siguientes medidas: australianos, 79; africanos, 85; europeos, 91. Continuaba sus argumentos afirmando que «eminentes anatomistas también pensaban que el cerebro de los europeos es un poco más complejo en sus circunvalaciones que el cerebro del negro o el hotentote». Esas «observaciones» muestran una conexión entre «el más

intricado sistema celular del cerebro y un más alto poder intelectual en las razas que han ascendido en la escala de la civilización» (*ibid*).

Africanos y australianos fueron considerados por Tylor para contrastar marcadamente el europeo desde un punto de vista medible como raza. Tylor subrayó la importancia del «ángulo facial» que diferenciaba las «dos razas inferiores» de la «nuestra» (Tylor asumía que su audiencia era europea), la diferencia más pronunciada hacía del australiano y del africano más «prognato o de mandíbula protuberante».

Al mismo tiempo, los australianos tenían las frentes más retiradas que los europeos, para desventaja de los lóbulos frontales de sus cerebros en comparación con los nuestros. Así la combinación de la parte superior e inferior del perfil, nos ofrece los rostros de los pueblos menos civilizados propios de un casi simio colgante que se distingue del rostro europeo casi derecho (*ibid*, p. 62).

A pesar de que Tylor reconoció el crecimiento de la población de «mulatos» y mestizos en el Nuevo Mundo no hizo mención alguna sobre la inferioridad híbrida. Observó «la desesperanzadora tarea de clasificar cada mínimo e incierto grupo de hombres en una raza especial» (p. 83), aunque aún reconocía la existencia de las grandes razas —negra, carmelita, amarilla y blanca—, así como que la formación de ellas había tenido lugar en tiempos prehistóricos. Sin embargo, en contraste con la tesis de Firmin, Tylor aceptó la superioridad de la civilización europea; mientras que Firmin reconocía la igualdad civilizadora de todos los humanos.

Nosotros venimos, al menos, del hombre blanco, cuyas naciones a través de la historia han estado creciendo más y más intelectual, moral y políticamente sobre la Tierra... Quizás pudiera ser razonable imaginar que la actual raza blanca se formó en las regiones templadas, menos capaz de resistir el calor extremo o vivir sin aparatos de cultura; pero obsequiado con el poder del conocimiento y de las reglas que le dan influencia sobre el mundo (ed. 1902, pp. 105-106 y 113).

A pesar de esas conclusiones obviamente chauvinistas, Firmin estuvo consciente y elogió el estudio de Tylor sobre la religión primitiva por aseverar la adoración ancestral, por ejemplo entre los «negros» de Ceilán (los vedas) tan válida como cualquier otra religión. Realmente, la antropología europea y estadounidense en sus inicios contenía muchas de las contradicciones entre el naciente igualitarismo cultural relativista y la profunda tendencia a establecer jerarquías culturales y humanas.

Compárese la cita anterior de Tylor, una aparentemente reluctante pero no menos firme conclusión sobre la superioridad del europeo, con el pensamiento antirracista de Firmin.

Sí, los seres humanos pueden diferir y difieren por sus rasgos físicos o el color de su piel. A pesar de lo cual todos son hermanos, es decir, ellos son iguales en inteligencia y pensamiento. Solamente un largo proceso de perversión del espíritu y una poderosa influencia en las mentes de los pueblos blancos pueden haber hecho pasar por alto una verdad que es tan obvia y natural que no requiere

demostración científica... Tendremos la oportunidad de erradicar ese prejuicio de las mentes de aquellos que aún lo abrigan solo si podemos demostrar por los medios que ideemos, la falsedad de creencias que han impregnado la inteligencia de muchos pueblos (p. 404).

En la lista de trabajos seleccionados sobre antropología que Tylor recomienda al lector están muchos escritores en lengua francesa, entre ellos Broca, Topinard y de Quatrefages; sin embargo *De l'Égalité des Races Humaines* no está entre ellos.

No soy la primera de los escritores que han indicado el pensamiento racista de los antropólogos inaugurales. Sin embargo, lo que sorprende a las generaciones que he enseñado es que desde el movimiento por los derechos civiles la corriente principal ha sido un pensamiento racista y cómo mucho de él ha permeado ciertas áreas de la vida, del orden establecido académico y la antropología estadounidenses en las más reconocidas instituciones, como la Universidad de Harvard y la Universidad de Pennsylvania.

El «clásico» racista estadounidense, *The Passing of the Great Race* de Madison Grant, censuró la declinación de los Estados Unidos como resultado del gran número de irlandeses, italianos, judíos y europeos del Este. A pesar de que este libro fue bien recibido por el *establishment* científico estadounidense, algunos estudiosos fueron muy críticos de la obra, entre ellos Franz Boas, quien escribió que el libro «difícilmente es apropiado para una reseña en un periódico científico» (1918:363). Un grupo de antropólogos rivales de la recientemente fundada Asociación Antropológica Americana se orga-

nizaron en la Sociedad Galton en 1908, en respuesta a la creciente legitimidad de la ciencia y a la demolición de los mitos raciales. Entre ellos estuvieron Madison Grant y E. A. Hooton del Museo Peabody de Harvard. Este legado persistió en la época de los derechos civiles, cuando los racistas furibundos contra la decisión de la Corte Suprema en el caso *Brown versus* el Consejo de Educación, protestaron a través de su vocero, Carleton Putnam, que los integracionistas habían ganado «debido a que ellos aceptaron acríticamente las doctrinas antropológicas de Boas». Así ellos etiquetaron, sin examinar, «la antropología igualitarista» (Chase, 1980: 459).

Anténor Firmin, en 1885, había criticado la clasificación y jerarquización de las razas a través del cráneo por arbitraria, acientífica y completamente subjetiva. Todavía su contemporáneo, S. G. Morton, el más grande oponente de las mediciones de las jerarquías raciales, argumentaba que en el antiguo Egipto el cráneo no era y no podía ser «negro», pero si «caucásico», dos razas separadas contribuían a la virtual diferenciación de la especie para Morton (Harris, 1968:90-91). Firmin, por su parte, aclamó la gran civilización que fue el antiguo Egipto y afirmó términos intransigentes que «ahora es bien conocido que los antiguos habitantes de las costas del Nilo pertenecían a la raza negra» y que la humanidad misma debe una gran correspondencia a esa raza (cap. 17, p. 394). Para Firmin eso es un triste e ilógico ejercicio que los europeos hayan intentado probar que los antiguos egipcios eran blancos. No todo estaba sujeto a semejante fantasía racial; el genio Champellion escribió que «los antiguos egipcios pertenecían a una raza que en todas sus formas se asemejan a los actuales habitantes de Nubia» (cap. 9, p. 228).

El desarrollo de la antropología en el siglo *XX*, la significación biológica de la raza se difuminó en el respaldo científico y quedó claro que el uso primario del concepto de raza ha sido como categoría social. El punto de vista de raza que sustentaba Firmin era decididamente social, no biológico. En rechazo a la inferioridad biológica de la raza negra, él citó las contribuciones socioculturales de civilizaciones como la egipcia, la etiope (es decir, Nubia) y Haití.

B. La respuesta de Firmin como un triunfo moral y científico sobre De Gobineau

De Gobineau y autores de teorías sobre la inferioridad racial siempre citaban Haití como evidencia en apoyo a sus posiciones. De Gobineau declaró que las maneras del pueblo haitiano eran tan «depravadas, brutales y salvajes como en Dahomey o entre los Fellatahs» y puntualizaba que Haití era un espantoso ejemplo de lo que ocurría cuando las formas europeas de gobernar eran impuestas a un pueblo de raza diferente y más baja (Nichols, 1979:127). «La raza negra está "a los pies de la escalera de mano" y es incapaz de comportamiento civilizado», escribió De Gobineau. En realidad, una reseña crítica de la historia de Haití puede sugerir que la República había vuelto a las andadas de la pauta monárquica y despótica de los tiempos de los escritos de De Gobineau (Dyan, 1995:13); sin embargo él pudo haber argumentado que ello se debía a la natural depravación de los negros, en lugar de adoptar un punto de vista más objetivo y humanista sugiriendo el fracaso

de las instituciones humanas. Que ese legado de un Haití «salvaje» continúe en el siglo XX se evidencia en las palabras preliminares de Melville Herskovits en su estudio de la vida del campesinado haitiano: «Haití la ha pasado mal en manos de sus intérpretes literarios» (1936:VII). A pesar de la negativa de Firmin de las afirmaciones de De Gobineau sobre los logros de Haití, *La igualdad de las razas humanas* es más positiva que el emocional y pesimista trabajo de De Gobineau, del que Firmin pensaba era una manifestación de erudición, pero de ciencia incorrectamente orientada. Aparte de la encendida crítica a De Gobineau y a los escritores del siglo XIX con ideas afines, *La igualdad de las razas humanas* es un trabajo optimista que afirmaba que prevalecerían la verdad y la ciencia legítimas. Firmin está vigente, en la actualidad él pudiera sorprenderse de ver cuán persistente son muchos de los mitos raciales que pensó demoler y cuán relevante permanece su trabajo después de más de un siglo.

De Gobineau era un realista que nunca se recuperó del impacto de la Revolución Francesa. También fue periodista y más tarde diplomático, superficial en materia de ciencia y filosofía (Chase, 1980:90). Él elaboró, sin mucha utilización de las herramientas de la ciencia, una teoría «científica» sobre la desigualdad innata de las razas humanas. Sus cuatro tomos de *Essai sur l'Inégalité des Races Humaines*, fueron publicados entre 1853 y 1855, traducidos al inglés y devino reserva en el negocio de los políticos racistas. «Los estadounidenses citaron a De Gobineau para defender la esclavitud en el sur; los europeos para racionalizar el costo humano del imperalismo en sus colonias de Asia y África» (*ibid.*). A pesar del éxito político internacional de su *Inégalité des Races*

Humaines, De Gobineau nunca fue admitido en ninguna academia científica en Francia.

De Gobineau discurrió que la declinación de Francia con posterioridad a la Revolución Francesa formaba parte del fenómeno más general de la declinación tanto de Europa como de la raza blanca. Aunque su trabajo es profundamente antisemita, su empuje primordial fue sobre el color de la piel. Como una regla general consideraba que la raza más blanca poseía una civilización y honor superiores. Las grandes civilizaciones declinan, creía, debido a la mezcla de razas y a la disolución de la sangre teutónica superior. Quizás en respuesta a las teorías de De Gobineau del peligro de la mezcla de razas, Firmin desplegó un gran esfuerzo para describir la belleza física y la fortaleza de la raza mezclada y la hibridación en Haití y en el Nuevo Mundo en general. El tema del riesgo de la mezcla de razas fue adoptado por muchos decisores de política, políticos y educadores europeos y estadounidenses tanto en el siglo XIX como en el XX. La restricción a la inmigración fue defendida como una limitación a los peligros para los Estados Unidos de la mezcla de razas resultante del «cruzamiento» (Chase, 1980:173) y la desegregación de las escuelas públicas era tan opuesta como peligrosa e injustificada con respecto a la mezcla de razas.

El compositor alemán Richard Wagner estuvo muy enamorado de las ideas de De Gobineau al punto de fundar una Sociedad Gobineau en 1881, en Bayreuth para difundir la idea de la supremacía teutónica o nórdica. Los trabajos de De Gobineau generosamente publicados tuvieron una influencia notable en Houston Stewart Chamberlain, quien llegaría a ser yerno de

Wagner y autor de *Foundations of the Nineteenth Century*, publicado en 1899, obra que abiertamente se sumó al antisemitismo de De Gobineau contra los judíos. Los discípulos de De Gobineau hicieron más a favor de la política práctica que lo que él mismo nunca imaginó en su perspectiva universal más pasiva y pesimista. La desesperación de De Gobineau por el futuro de la raza europea desde la Revolución Francesa puede ser agudamente contrastada con el sincero elogio de Firmin a la grandeza de la humanidad en ese momento. Él ofreció una inusual apreciación de un hombre africano sobre ese acontecimiento:

La Revolución Francesa, cuya luz deslumbrante irradió al mundo entero, marchó con el trueno de los cañones y el ritmo de la Marsellesa, derrocando todas las barreras que separaban a las naciones. En 1790, durante la celebración de la Federación de los fanáticos anarquistas de Clotuz proclamaron la República universal y la fraternidad de todas las razas. Más tarde un negro fue llevado en triunfo ante la Convención, por el aplauso de una multitud electrificada por el resonante eco de la voz de Robespierre como la feroz pero justiciera solución, «¡Perezcan las colonias antes que los principios!» Que sea este un momento excelente en la historia de Francia, una historia que es desde ya muy bella. Debe decirse: Nunca antes la humanidad había dado muestra de semejante grandeza, semejante nobleza como en esta manifestación de entusiasmo de un pueblo todo con amor por la verdad y aplaudiendo lo que es correcto (cap. 2, p. 20).

Así Firmin demostró que la Revolución Francesa tenía el efecto opuesto sobre el pueblo de Haití y su herencia cultural, como la propia Revolución de Haití representó el más alto símbolo de libertad en tanto la segunda república independiente en el Nuevo Mundo y la primera república negra.

Previo a la Revolución de Haití había habido rebeliones e insurrecciones de esclavos, pero el éxito de Haití sacudió de miedo los corazones de los propietarios de esclavos fuera de Haití, aún más, inspiró e intensificó actos de resistencia en todas partes (Smedley, 1993:215). Las teorías racistas tienen que ser revisadas y reformuladas, mientras sea arrojada y totalmente abierta la puerta por académicos como Firmin para desafiar el pensamiento racista desde una sensata base de hechos históricos.

Enraizada en la poderosa tradición política e intelectual que emergió de la Revolución de Haití, el libro de Firmin es consistentemente dedicado a Haití y a su amor por la libertad, con la imagen de Toussaint Louverture en la página opuesta al título. «Después de Toussaint Louverture, Anténor Firmin es la personalidad más significativa de Haití», descrito por un admirador como «*la belle figure d'Anténor Firmin*» [la bella figura de Anténor Firmin] (Geiss, 1974:129).

La igualdad de las razas humanas como una obra pionera del panafricanismo

Más allá de su valor como respuesta a las ideas europeas sobre la «inferioridad del negro», *La igualdad de las*

razas humanas es, simultáneamente, una afirmación de la civilización africana y de orgullo negro. Aunque desconocida como una obra de antropología, ha sido reconocida por cierto número de escritores como una significativa, precoz, obra de panafricanismo (Geiss, 1974; Nicholls, 1979). Además de sus escritos panafricanistas, Firmin fue un activista en los comienzos del movimiento panafricanista y fue uno de los dos delegados haitianos al primer Congreso Panafricano de 1900, en Londres al que también asistió W. E. B. DuBois (Geiss, 1974:193).

Como estudioso de la antigüedad africana, Firmin estuvo informado sobre egiptología y jeroglificología, así como apreció los lazos históricos entre el Valle del Nilo y Nubia y Egipto como civilizaciones africanas específicas. Cuando saludó la indivisibilidad de la historia africana en el Valle del Nilo desde «Memphis a Meroë» incluyó las civilizaciones sudanesas de Kush-Meroë, referidas como «etíopes» en los textos griegos, junto a la más ensalzada civilización del Egipto faraónico. Sus análisis de las imágenes no racistas de los negros en las civilizaciones europeas clásicas de Grecia y Roma en el capítulo 18, es un presagio del trabajo más sistemático, *Blacks in Antiquity* (1970), desarrollado por Frank M. Snowden, ocho décadas más tarde. Sus observaciones sobre el color de la piel y el mito, incluido el mito bíblico de la «Maldición de Cam», plétora de asociaciones de lo negro con lo malvado y el demonio en Europa; y el tratamiento por Shakespeare al elegir un moro oscuro para el personaje de Otelo, en la actualidad tiene una minuciosa resonancia a través de la crítica literaria postcolonial. Es bueno recordar que Haití fue, efectivamente, la primera república negra postcolonial y Anténor Firmin fue un producto de su tercera gene-

ración de intelectuales, formados por un sistema educacional que había sido creado por una nueva época.

Una categorización contemporánea del trabajo de Firmin pudiera ser catalogado como «afrocentrista». No obstante, *La igualdad de las razas humanas*, confirma los logros de los pueblos africanos (incluyendo tanto a los egipcios como a los nubios, refiriéndose siempre a los haitianos en el Nuevo Mundo como sus primeros ejemplos), hechos históricos sin trazas de apología racial o chovinismo, pero con confianza en que la verdad histórica prevalecería sobre todo lo demás, incluyendo el racismo europeo. Como elogió los logros de los pueblos africanos, refiriéndose con desenvoltura a las civilizaciones de Meroë o a la «Acrópolis» de Zimbabwe, también alabó al heroico pueblo de Francia por el momento de grandeza de su historia, la Revolución Francesa. Lamentó la ingenuidad de la raza blanca en la construcción de sus fantasías de superioridad y es seguro que, eventualmente, un récord preciso y balanceado reemplazará la actual racialización de la historia. Firmin comienza su capítulo «Egipto y civilización» con estas palabras:

La verdad es eterna. Permanece plenamente a través del tiempo y el espacio, lo contrario no puede ser validado por la lógica, cuando se afirma que la raza negra es inferior a todas las demás, se debe probar que el hecho es cierto ahora y lo fue en el pasado... lo que no ocurrió en el pasado puede ser una flagrante contradicción con el punto de vista dogmático de los antropólogos o con las conclusiones pretensiosamente autoaseguradas de los académicos (p. 225).

Firmin estuvo entre los primeros escritores que aseveraron que la civilización egipcia fue el manantial del que surgieron las culturas griega y romana y que el desarrollo de las artes y de las ciencias entre los europeos, descansa sobre un fundamento africano. Pero la presunción caucásica de superioridad no podía atenerse a la idea de que su desarrollo original se vinculara a una raza que consideraban radicalmente inferior (p. 227; Nicholls, 1979:130). Esa revelación provocó un verdadero escándalo en Europa, pues suponía una subversión radical de la tesis sobre la inferioridad del negro, en el preciso momento en el que Europa había completado sus planes de partición de África en el Congreso de Berlín de 1884. ¿Cómo podía ser reconocida la antigüedad y grandeza de la vetusta África bajo las condiciones de una feroz expansión y colonización europeas? (Price-Mars, 1964:155). Esta circunstancia fue una razón adicional para relegar la obra de Firmin en Europa y una validación de la razón por la que su obra, en el presente, debe ser reconocida en el ámbito de los estudios postcoloniales en Europa y los Estados Unidos.

Desde el racionalismo y la cientificidad, Firmin expuso lo ilógico de la mayoría de los antropólogos y académicos que habían utilizado ampliamente la treta de hacer blancos a los antiguos egipcios:

¿Dónde está la verdad? ¿Dónde está el error? De un lado, los antropólogos, quiénes no tienen otros medios para dilucidar el tema que el método craneométrico, cuya irrelevancia para la clasificación de las razas humanas hemos observado, han dependido constantemente de conjeturas históricas y arqueológicas para justificar los resultados

de sus investigaciones. Del otro lado, los académicos, discípulos de Morton, solo pueden depender de la anatomía comparativa, o sea sobre los mismos resultados antropométricos obtenidos por los antropólogos, para asegurar que los antiguos egipcios pertenecen a la raza caucásica. La ciencia no puede tolerar semejante círculo vicioso por su aborrecible ambigüedad. Tenemos, por lo tanto, que regresar a los hechos y examinarlos más concienzudamente. Si el antiguo egipcio era blanco, ¿de dónde venían la mayoría de los atractivos arquetipos presentes en sus monumentos, que tienen un carácter distintivo, una apariencia física general que es totalmente diferente de los arquetipos caucásicos? (cap. 9, p. 23).

Al observar la variedad de representaciones de los egipcios, de los arquetipos físicos, Firmin señala que:

en el caso de que las representaciones de los etíopes en las pinturas egipcias, el artista caricaturiza sus modelos cuando se trata de sus enemigos y pinta arquetipos perfectamente atractivos cuando no lo son. Sin duda uno puede confirmar que los antiguos egipcios, la verdad *retous* [retocada], eran africanos negros... lo que, por mi parte, considero como el punto más importante contra la doctrina sobre la desigualdad de las razas (p. 231).

El gran intelectual haitiano del siglo xx Jean Price-Mars preparó el terreno para hacer visible a Haití como una sociedad africana en el Nuevo Mundo, vio en Firmin la raíz intelectual pionera del afrocentrismo

moderno, especialmente del académico senegalés postindependentista Cheik Anta Diop (1954:157). También citó el trabajo del historiador brasileño Basil Davidson (1962) cuya radical reformulación de la prehistoria y de la historia de África contribuyó a demoler el credo eurocentrista de que África no tuvo historia antes de la penetración de los europeos en el continente.

El vínculo entre raza y los frutos de la civilización aún en la actualidad es un asunto controvertido, al igual que los orígenes de la civilización aria (es decir europea) han sido criticados por Martin Bernal en *Black Athena*, obra en la que asegura que la civilización clásica tiene orígenes africanos y asiáticos. La renovación reciente de este debate sobre los orígenes africanos esta vez ha provocado la prominente impugnación de Bernal, así como la publicación de *Not Out of Africa*, de Mary Lefkowitz y el subsiguiente desafío al compromiso de los Estados Unidos con la educación multicultural que incluya trabajos afrocentristas en los cursos regulares. *La igualdad de las razas humanas* de Firmin puede ser leída y estudiada en el presente como si estuviera proponiendo una idea nueva. Por supuesto, Firmin no fue el único que en el último cuarto del siglo XIX resaltara la afirmación de los orígenes africanos de la civilización occidental. Martin Delany estructuró su obra *Origin of Races and Color*, en torno a la centralidad de esa tesis y el movimiento panafricanista la adoptó como el elemento cardinal de la solidaridad negra desde los tiempos antiguos hasta el presente, así como hizo el movimiento de la «negritud» en el siglo XX, que reconoció a Firmin como un sabio precursor.

Una cierta postura defensiva puede apreciarse entre los académicos europeos y estadounidenses en sus reac-

ciones ante el afrocentrismo como un antídoto al eurocentrismo. Ello puede tener su causa en la apariencia de que la afirmación de que el racismo es una tendencia universal existente en todas las sociedades, y de que los antiguos egipcios eran tan racistas como los europeos modernos. En detrimento de ese argumento de que la desigualdad de las razas es una de las ideas más antiguas y difundidas en el mundo, Firmin hizo la distinción esencial entre etnocentrismo y racismo. A través de la historia los pueblos han pensado que ellos son superiores a sus vecinos, pero nunca ha habido la menor conexión entre ese estrecho y nada patriótico sentido de superioridad y la noción de una jerarquía sistemática de las razas humanas (cap. 6, p. 139).

En el capítulo de *La igualdad de las razas humanas* que trata de Egipto y Etiopía, al igual que el ejemplo de Haití, es un asunto relevante tanto para el debate contemporáneo como lo fue tempranamente en el siglo XIX.

Ha sido posible soportar las curiosas (bizarras) tesis de la inferioridad original de los pueblos negros siempre que una ciencia parcial y tozuda, una ciencia culpablemente cómplice, persista en la opinión que "los Retous" (pueblos originales [de África]) eran de raza blanca. Actualmente, sin embargo, el criticismo histórico ha evolucionado a un grado tan alto que existen mentes discernientes y sinceras capaces de restablecer la verdad sobre ese asunto de importancia extrema. No puede ser posible por más tiempo, por lo tanto, que uno cierre los ojos a la luz y continuar propagando la misma doctrina. De hecho, para los

defensores de la teoría de la desigualdad de las razas humanas podría ser una gran torpeza persistir en esa creencia. Es bien conocido que los antiguos habitantes de las costas del Nilo eran miembros de la raza negra y yo he presentado una enorme cantidad de evidencias para respaldar ese hecho. Los griegos, quiénes fueron influidos por Roma, los educadores europeos, pudieron haber tomado de Egipto los principios más prácticos de su filosofía, tal como ellos han tomado de ella todas las ciencias que más tarde cultivaron y expandieron con una inteligencia maravillosa (cap. 17, pp. 393-394).

No solo fue el pasado antiguo fuente de la afirmación de la igualdad (no superioridad) de la raza negra, sino que el ejemplo reciente de Haití prueba la tesis esencial una vez más. Un logro maravilloso de la búsqueda de la libertad desde la esclavitud y la dominación extranjera fue Haití, que inspiró al mismo tiempo, un nuevo panamericanismo, mientras provocaba un estremecimiento de miedo en los corazones de los estadounidenses propietarios de esclavos y en las ambiciones colonialistas. Sobre el asunto de la original raza haitiana, aunque Firmin estaba muy consciente de la mezcla de razas en Haití, los *métis*, su posición es inequívoca ante el hecho de que el país está integrado por descendientes de África. Es no obstante certero con relación a que a pesar de que las semillas del panafricanismo fueron engendradas por la Revolución haitiana, el nombre «Haití» que sustituyó la denominación del colonialismo francés —Saint Domingue— probablemente fue dado por el segundo al mando de Louverture, Jean

Jacques Dessalines, quien lo tomó de la palabra amerindia *Ayiti*, que significa «tierra de montañas» (Dayan, 1995:3). El panafricanismo de Firmin fue muy avanzado en su tiempo en el Caribe y tuvo amigos como el nacionalista puertorriqueño Ramón Emeterio Betances y el revolucionario cubano José Martí. Pero sus ideas tienen más en común con la generación de académicos-políticos posterior a la Segunda Guerra Mundial que con la de los «*generallísimos*» que rigieron las repúblicas del Caribe durante el cambio de siglo (Plummer, 1988:28).

Sin sucumbir ante el chovinismo debemos, una vez más, regresar a la raza negra de Haití. Es interesante apuntar que el alcance de esa pequeña nación, erigida por los descendientes de africanos ha influido en la historia mundial desde su independencia. Con la ayuda haitiana en hombres y materiales, Simón Bolívar tuvo éxito en ganar la independencia de Venezuela, incluso la de Colombia y Perú, y con ello poner fin al poder colonial español para siempre. A través de las Américas ese fue el concepto de república que prevaleció. Fue como si el nuevo mundo hubiera sentido el futuro en las ideas de libertad e igualdad (cap. 17, p. 398).

Firmin contribuyó a reafirmar el avance de la República haitiana como un faro para todos los pueblos descendientes de africanos sufridos y oprimidos. Es digno de atención que *La igualdad de las razas humanas* esté dedicada a Haití y a su gran libertador, Toussaint Louverture. El punto de vista del caso haitiano como

un ejemplo de los logros africanos es un tema que fue desarrollado con posterioridad en el escrito de Hannibal Price, *De la Réhabilitation de la Race Noire par la République d'Haití*, publicada en 1900 y la impresión de su tesis quedó como un punto de referencia en el siglo xx. Desafortunadamente, la heroica liberación haitiana y sus lecciones han sido ampliamente olvidadas por las mentes contemporáneas, junto con sus defensores, Firmin y Price, quizás como resultado de los continuos problemas políticos y económicos de Haití a finales del siglo xx. No obstante, «la verdad eterna» y el elogio de Firmin a Haití en 1885 permanecen como hechos incuestionables:

Además de ese ejemplo que es una de las más bellas acciones por las que la República negra merece la más completa estimación y admiración mundiales, podemos decir que la declaración de independencia de Haití ha influido positivamente el destino de toda la raza etíope que vive fuera de África. Al mismo tiempo, la independencia de Haití ha cambiado la autoridad económica y moral de todos los poderes europeos que poseen colonias. Además, ha tenido una relación considerable con la economía interna de todas las naciones americanas en las que existió la esclavitud (cap. 17, p. 398).

Convencidos de que su país era el símbolo de la regeneración negra, fue natural que los haitianos quisieran haber desempeñado un papel líder en el movimiento panafricano que comenzó firmemente en los años de cierre del siglo xix (Nicholls, 1979:134). Firmin jugó un papel clave en la Primera Conferencia Pana-

fricana celebrada en Londres en 1900, a la que asistió en su condición de ex presidente legítimo de Haití y como «el más importante intelectual y hombre de Estado de Haití» (Geiss, 1974:193; también citado por Clarke, 1974:42). Otros representantes muy conocidos que asistieron a la histórica conferencia fueron W. E. B. DuBois de los Estados Unidos, Henry Sylvester Williams de Trinidad y Tobago, así como delegados de Abisinia, Liberia, Sudáfrica, Sierra Leona, Costa de Oro y Canadá. La conferencia reclamó a los «países civilizados» proporcionar educación y desarrollo a los pueblos atrasados de la raza negra e indicó que «el problema del siglo xx es la cuestión del color» (Nicholls, 1974:134).

Firmin, al ser inspirado por la antigua gran civilización africana, avizoró un futuro afortunado para la «raza negra», una reconsideración del papel que una vez ella había desempeñado en la ilustración del ser humano desde las márgenes del Nilo. Firmin declaró enfáticamente que eso no era una profecía, ni un asunto de predestinación, sino un futuro que sería moldeado por la acción práctica y política en la causa de la igualdad racial de la humanidad. Firmin, al igual que otros escritores haitianos contemporáneos, observó al África de sus días como relativamente menos civilizada. En el cierre de su capítulo «El papel de la raza negra en la historia de la civilización», se disculpa por su falta de referencias a los pueblos contemporáneos del África central, el «corazón de África», admitiendo la carencia de evidencia de nociones de cambio que sustentan sobre el «África oscura», aunque él preveía que investigaciones futuras nos revelarían hechos apenas sospechados sobre el África central. Esos hechos solo verán la luz cuando «los profundos prejuicios enraizados que abstienen a los etnó-

grafos y antropólogos de proclamar la verdad, contemplan abrumados la innegable conspiración que los ha conducido a proclamar falsamente la inferioridad de un pueblo sobre otro» (cap. 17, p. 402).

Detalles seleccionados de la biografía de Firmin

Nacido en el seno de una familia de clase trabajadora, el 27 de noviembre de 1850, en el norte de Haití, Cap Haitien, Anténor Firmin fue reconocido como un joven premiado y sobresaliente en la escuela primaria. Asistió al Liceo Nacional de Cap Haitien y al Liceo Petión en Port-au-Prince. Su educación formal se desarrolló completamente en Haití, estudios que incluyeron lenguas clásicas, civilización europea, así como exposiciones de los escritos de los antropólogos europeos. Estudió leyes en Haití y fue un abogado exitoso en Cap Haitien e inició una carrera política con su designación como Inspector de Escuelas en la Circunscripción de Cap Haitien y Comisario de la República de Haití en Caracas. Llegó a París en 1883 como diplomático y fue admitido en la SAP en 1884 y allí emprendió la redacción de *La igualdad de las razas humanas*. Permaneció en París hasta 1888, el último año en el que aparece en la lista de miembros de la sociedad y momento de su regreso a Haití, donde aceptó el puesto de ministro de Finanzas, Comercio y Relaciones exteriores, en 1889, bajo la presidencia de Florvil Hypolite.

Como ministro de Relaciones exteriores participó en la negociación, con Frederick Douglass, embajador de

los Estados Unidos en Haití, de la cesión a los Estados Unidos de Môle de St. Nicolas, la profunda bahía en la que Colón hizo su primer desembarco en el Nuevo Mundo.

Firmin, efectivamente ayudado por Douglass, quien era sospechoso por las ambiciones imperiales de los Estados Unidos logró, exitosamente, posponer esa solicitud que podía haber conducido a Haití a quedar bajo el control de los Estados Unidos. Las políticas raciales desempeñaron su papel en esta delicada danza diplomática. Con órdenes de adquirir de Môle, el almirante estadounidense Gherardi ancló el U. S. S. *Philadelphia* en Port-au-Prince y emplazó al embajador estadounidense a abordar el abanderado; Douglass sabía que siendo blanco el almirante, hubiera sido preferible que desembarcara en lugar de haberlo llamado a la nave. Tras este incidente, Douglass volvió a los Estados Unidos y retornó a Port-au-Prince en diciembre de 1890 con órdenes de reabrir las negociaciones sobre Môle. El día de año nuevo se reiniciaron las negociaciones con Firmin que no estaba entusiasmado con la idea de proseguirlas. Una semana después Douglass escribió a Washington:

No existe, quizás, un punto sobre el cual el pueblo de Haití sea más sensible que sobre la cesión de alguna parte de su territorio a algún poder extranjero. Les estremece la idea de dar un asidero a alguien del mundo exterior» (Heinl and Heini, 1978:315).

El informe de Douglass no era lo que Washington quería escuchar y sirvió para confirmar su reputación de líder negro débil con respecto a una república ne-

gra (*ibid*). El proceso se estancó y Firmin rechazó las credenciales de Gherardi, firmadas por el presidente Harrison, donde solicitaban poderes totales; pasado un tiempo Gherardi fue «recredencializado» y puesta la cuestión de la cesión de Môle ante al ministro de exteriores, Firmin, en abril de 1893, la respuesta fue una negativa.

Finalmente, Firmin fue censurado por dilatar la respuesta y renunció a su cartera dos semanas más tarde. Frederick Douglass fue culpado por la prensa estadounidense por el fracaso de la toma de posesión de Môle, y obligado a dejar el lugar una semana después y nunca volver a Haití.

Posterior a este episodio y finalizado el gobierno de Hyppolite, Firmin regresó a Cap Haitien a reanudar la práctica legal. Percibido como un peligro por el nuevo gobierno de Simon, fue designado como ministro en París en 1900. Regresó a Haití en 1902 al frente de lo que fue conocido como la insurgencia de Firmin por la reforma básica de las instituciones gubernamentales, abogando por la contratación de intereses del capital extranjero en la República y la reducción del papel del ejército en Haití. La insurgencia firminista equivalía a una guerra civil y su determinación de un golpe de Estado pareció inconsistente por el desdén de Firmin por los «ignorantes» militares que despreciaba. La prensa extranjera, la comunidad diplomática y la Asociación Panafricana Internacional insistieron en que Firmin depusiera las armas. Un llamado de intervención de los Estados Unidos hubiera significado una violación del principio sólidamente sostenido por Firmin contra la dominación extranjera. De hecho, los Estados Unidos mantuvieron una estricta neutralidad durante la guerra civil, al igual que hicieron Inglaterra

y Francia. Con una gran fortaleza en la región norte de Cap Haitien el movimiento fue eventualmente aplastado por las fuerzas políticas de Port-au-Prince. Firmin escapó al exilio y vivió en Saint Thomas escribiendo sus libros y folletos políticos. El más vigoroso de esos escritos fue titulado *M. Roosevelt, Président des États-Unis et la République d'Haiti* (1905). Ese trabajo trata los intereses de la política regional en el Caribe y América Latina, argumentando que el interés de los Estados Unidos en la estabilidad de Haití era postergar las motivaciones europeas en la región mientras la seguridad hemisférica pudiera ser mantenida. Esa estabilidad en Haití dependía de las reformas políticas y de la sociedad, pues «ningún pueblo puede vivir indefinidamente bajo la tiranía, la injusticia, la ignorancia y la pobreza». Sus *Lettres de Saint Thomas* las dedicó al panaribeñismo, discutiendo la unificación de Las Antillas y aconsejando a la Federación de las Indias Occidentales. El panamericanismo de Firmin, como muchos otros aspectos de su pensamiento, fue muy avanzado para su tiempo. Recomendó la creación de una colección de información de la economía regional con el propósito de un planeamiento racional de la economía, así como la apertura de la economía doméstica a la inversión extranjera. Durante muchos años trabajó en una detallada historia de Haití, pero el manuscrito fue destruido junto a sus efectos personales y pertenencias durante el fracaso de la insurgencia.

Una segunda insurrección firminista contra el gobierno de Simon fracasó entre 1910 y 1911 y posibilitó a un Firmin anciano, una nueva oportunidad de liderar Haití. Abandonó Saint Thomas justo después de la caída de Simon e intentó obtener el apoyo de los Estados

Unidos para su presidencia. Aunque los firministas lucharon con ahínco una vez más, el ejército del general Leconte tomó Port-au-Prince en el preciso momento en que el barco que llevaba a Firmin de regreso arribaba a la capital. Sin permitirle desembarcar regresó a Saint Thomas, quebrada su salud, falleció cinco semanas más tarde, en septiembre de 1911, sin haber regresado a Haití después de 1902.

Durante la primera década del siglo xx una reforma del movimiento organizado en torno al pensamiento de Firmin y de su carismática personalidad atrajo a numerosas personas educadas y progresistas, quienes se autodenominaron «firministas». Ellos se agruparon con el objetivo de criticar las instituciones y sociedad haitianas desde los aspectos políticos y militares del movimiento fundado por Firmin. La personalidad de Firmin es muy conocida por los haitianos tanto por su erudición académica como por su compromiso con la reforma de la sociedad y la política haitianas.

Relevancia de la obra de Firmin para Haití y para el momento actual

La igualdad de las razas humanas de Firmin está dirigida no solo contra el racismo europeo sino también contra las contradicciones sobre la raza, la política y la economía que eran el legado de la antigua economía de plantación en Saint-Domingue. A través del desarrollo de un patrón que presagiaba en mucho el discurso político del siglo xx, presentó la división racial y de clase entre la elite mulata y la mayoría negra en Haití.

La relevancia actual de la obra de Firmin para los haitianos y otras sociedades, radica en la sistemática desmitificación de la raza al exponer el papel histórico que ha desempeñado en las dinámicas sociales las diferencias entre humanos más o menos poderosos.

La famosa declaración de W.E.B. DuBois de que el problema del color es el problema del siglo xx, mantiene su relevancia inmanente también en el siglo xxi. Los escritores racistas como De Gobineau han escrito que la cuestión racial oscurece todos los otros problemas de la historia (Biddiss, 1970:33). La continuada importancia de la cuestión de la raza al final de este siglo hace de *La igualdad de las razas humanas* de Firmin, por primera vez en lengua inglesa, una valiosa contribución a iluminar la literatura antropológica —tanto contemporánea como histórica—, el estudio de la raza y el racismo, los estudios afroamericanos y las humanidades en general.

Bibliografía y referencias citadas

- BALCH, EMILY GREENE (ed.): *Occupied Haiti* [Being the report of a Committee of Six Disinterested Americans representing organizations exclusively American who, having presently studied conditions in Haiti in 1926, favor the restoration of the Independence of the Negro Republic. New York: The Negro Universities Press, 1927].
- BERNAL, MARTIN: *Black Athena: the Afro-Asiatic Roots of Classical Civilization*, vol. I and II. London: Free Association Books; New Brunswick: Rutgers University Press, 1987, 1991.
- BIDDIS, MICHAEL D.: *Father of Racist Ideology: the Social and Political Thought of Count of Gobineau*, New York: Weybright and Talley, 1968.
- _____ (editor with Introduction): *Gobineau: Selected Political Writings*, London: Jonathan Cape, 1970.
- BOAS, FRANZ: «Review of Madison Grant, *The Passing of the Great Race*», *American Journal of Anthropology*, 1, 1918: 363.
- BROCA, PAUL: *Bulletin de la Société d'Anthropology*, Paris, March, 1860.
- _____ : *Histoire des progrès de études anthropologiques depuis la fondation de la Société en 1859. Mémoires de l'Société d'anthropologie de Paris*, III, 1869.
- CHASE, ALLAN: *The Legacy of Malthus, the Social Costs of the New Scientific Racism*, New York: Alfred Knopf, 1980.
- CLARKE, JOHN HENRIK (ed.) with AMY JACQUES GARVEY: *Marcus Garvey and the Vision of Africa*, New York: Random House, 1974.
- COON, S. CARLETON: *The Origin of Races*, New York: Alfred Knopf, 1962.
- COULTHARD, G. R.: *Race and Colour in Caribbean Literature*, London: Oxford University Press, 1962.
- DARWIN, CHARLES: *De l'origine des espèces*, french translation, Clemence Royer, 4th edition, cited by Firmin, 1866.
- DAVIDSON, BASIL: *L'Afrique avant les blancs*, translated from English, Paris: Press Universitaires, 1962.
- Dayan, Joani: *Haiti, History and Gods*, Berkeley: University of California Press, 1995.
- Delany, Martin R.: *Principia of Ethnology: The Origin of Races and Color*, Philadelphia: Harper and Brothers, 1879.
- Deniker, Joseph: *Les races et les peuples de la terre*, 2nd. edition, Paris: Harper and Brothers, 1879.
- Diop, Cheik Anta: *Nations Nègres et Culture*, Paris: Editions Africaines, 1954.
- Firmin, Anténor: *De L'égalité des Races Humaines (Anthropologie Positive)*, Paris: librairie Cotillon, 1885.
- _____ : *M. Roosevelt, Présidente des Etats-Unis et la République d'Haiti*, 1905.
- _____ : *Lettres de Saint Thomas*, Paris, 1910.
- GEISS, IMANUEL: *The Pan-African Movement, A History of Pan-Africanism in America, Europe and Africa*, translated by Ann Keep. New York: Africana Publishing Co., 1974.
- GOBINEAU, JOSHEP ARTHUR DE: *Essai sur l'Inégalité des Races Humaines*, 4 volumes, Paris, 1853-1855.
- _____ : *The Moral and Intellectual Diversity of Races with Particular Reference to Their Respective Influence in the Civil and Political History of Mankind* [first English translation of de Gobineau's *Essai sur l'Inégalité de Races Humaines*], translated by Henry Hotz, Philadelphia, 1856.

- GRANT, MADISON: *The Passing of the Great Race*, New York: Charles Scribner's Sons, 1916.
- HALLER, JOHN S.: *Outcasts from Evolution: Scientific Attitudes of Racial Inferiority, 1859-1900*, Urbana: University of Illinois Press, 1971.
- HEINL, ROBERT DEBS AND NANCY GORDON HEINL: *Written in Blood, The Story of the Haitian People, 1492-1971*, Boston: Houghton Mifflin, 1978.
- HARRIS, MARVIN: *The Rise of Anthropological Theory, A History of Theories of Culture*, New York: Thomas Y. Crowell Company, 1968.
- HONIGMANN, JOHN J.: *The Development of Anthropological Ideas*, Homewood. IL: The Dorsey Press, 1976.
- HERSKOVITS, MELVILLE J.: *Life in Haitian Valley*, New York: Octagon Books, 1964 (originalmente publicado en 1936).
- HRLDIČKA, ALEŠ: «Anthropology and the American Negro», *American Journal of Physical Anthropology*, 12 (1): 15-30, 1927.
- JANVIER, LOUIS-JOSEPH: *L'Égalité des races*, Paris, 1884.
- LANGLEY, J. AYODELE: *Pan-Africanism and Nationalism in West Africa, 1900-1945*, Oxford at the Clarendon Press, 1973.
- LECLERCQ-LEFEBVRE, EDWIGE: *Tiers-Mondisme: Bridge Building and Creation of the Left in French Politics*, Doctoral Dissertation, Massachusetts Institute of Technology, 1993.
- LEFKOWITZ, MARY R.: *Not Out of Africa: How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*, New York: Basic Books, 1996.
- NICHOLLS, DAVID: *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- _____: *Haiti in Caribbean Context: Ethnicity and Revolt*, New York: St. Martin's Press, 1985.
- PLUMMER, BRENDA GAYLE: *Haiti and the Great Powers, 1902-1915*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1988.
- PRICE, HANNIBAL: *De la réhabilitation de la race noire par la République d'Haiti*, (published posthumously), Imprimerie Verollot, 1900.
- Price-Mars, JEAN: *Joseph Anténor Firmin*, [Port-au-Price?], Haiti: Imprint Séminaire, 1964.
- RANKIN-HILL, LESLEY M. AND MICHAEL L. BLAKEY: «W. Montague Cobb (1904-1990): Physical Anthropologist, Anatomist, and Activist», *American Anthropological*, 96 (1): 74-96, 1994.
- ROYER, CLEMENCE: *Proceedings of the International Conference of Ethnographic Sciences*, Paris, 1878.
- _____: *De l'origine des espèces par selection naturelle ou de lois de transformation des être organisés*, 2nd edition, Guillaumie: Paris, 1866.
- SMEDLEY, AUDREY: *The Idea of Race in North America*, Boulder: Westview Press, 1993.
- SNOWDEN, FRANK M.: *Blacks in Antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman Experience*, Cambridge: Harvard University Press, 1970.
- STOCKING, GEORGE W.: *Race, Culture and Evolution: Essays in the History of Anthropology*, New York: The Free Press, 1968.
- TAX, SOL: «The Integration of Anthropology», in *Yearbook of Anthropology*, W. Thomas (ed.), Wenner-Gren Foundation: 313-328, 1995.
- THOMPSON, VINCENT BAKPETU: *Africa and Unity: The Evolution of Pan-Africanism*, New York: Humanities Press, 1969.

TOPINARD, PAUL: *Éléments d'anthropologie générale*, Paris, 1885.

TYLOR, E. B.: *Anthropology, an Introduction to the Study of Man and Civilization*, New York: D. Appleton and company, 1902 (originalmente publicado en 1881).

VIREY, JULIAN J.: *Historie naturelle du genre humain*, Paris, 1800.

WILLIAMS, VERNON J., Jr.: *Rethinking Race: Franz Boas and his Contemporaries*, Lexington: University Press of Kentucky, 1996.

Damos hoy preferencia en nuestra Página [a una parte] de la gran obra de antropología —publicada en 1885— por el eminente haitiano Anténor Firmin. Poderosa mentalidad americana de vastísima y variada cultura, Firmin fue a morir de tristeza en Saint Thomas, arrojado de la patria de Toussaint Louverture por una oligarquía militar que ha llevado a la ruina al país que ayudó a Bolívar en sus momentos de angustia y de penuria. Las ideas de Firmin en antropología son las que hemos venido practicando y propalando y a ellas nos llevó nuestro Juan Gualberto Gómez. Este gran cubano nos refería que en el Congreso de Antropología que tuvo lugar en Bélgica, ocupó sitio prominente el Dr. Firmin y que el sesudo periódico francés *Le Temps* había publicado que en aquel Congreso «había un haitiano de quien no podía decirse que fuera un gran antropólogo sino que era la antropología misma». Eso fue Firmin: aquí van sus ideas con las que batió victoriosamente a Quatrefages, a Saint Hilaire y al propio Broca.*

L. D.

* Tomado de «La igualdad de las razas humanas», «Conclusión» de Anténor Firmin, en *Papeles del Tte. Coronel Lino D'Ou*, Cuadernos de la revista Unión, La Habana, 1977, pp. 91-99. Traducción al español de Lino D'Ou.

CONCLUSIÓN

Agapate allelous

ST. JOHN, CAPÍTULO XIII

Todos los hombres son el hombre

VÍCTOR HUGO

Después de haber pasado revista a todos los argumentos que podían ponérsenos por delante para sostener la doctrina de la desigualdad de las razas humanas, parece que ninguno resiste al más simple examen. Sin duda hay muchos que hemos involuntariamente omitido, en esta triste carrera, a través de los errores y los prejuicios vertidos desde hace tanto tiempo en un gran número de espíritus a quienes les es imposible volver a concepciones más lógicas y más justas. Sin embargo, cuando se ha andado mucho teniendo que subir cimas y franquear precipicios, llega un momento en que se necesita respirar y detenerse. En ese momento, a cierta altura, se percibe que se ha recorrido un largo espacio y, al abrazar con una sola mirada todo el trayecto ya recorrido, se contemplan con alivio delicioso las etapas de la ruta. Se está convencido de que muchos senderos oscuros quedan todavía inexplorados; pero el conjunto del panorama es suficientemente ancho para ofrecer al espíritu toda la nitidez deseable en la apreciación del terreno en que ha establecido sus investigaciones. Tal es el sentimiento que experimento al cerrar la serie de discusiones que era necesario entablar sobre las diversas

nociones científicas que una falsa interpretación parece hacer favorables sobre la tesis de la desigualdad de las razas humanas.

Recapitulando todas las objeciones que arruinan, por decirlo así, en su fundamento esencial, todos los sistemas de jerarquización que se ha ensayado instituir entre los diversos grupos de la humanidad, es permitido afirmar que la igualdad natural existe entre todas las razas. Esta igualdad no cesa de verificarse sino cuando un grado superior de evolución viene a aportar a una de entre ellas un desenvolvimiento de las aptitudes a las cuales no han conseguido llegar las otras. Pero como para impedir que se olvide completamente la inferioridad original de las que han alcanzado las más altas cimas de la civilización, se encontrará no solamente en los fastos del pasado, sino actualmente, en diversos puntos del globo, una masa de sus congéneres viviendo todavía en un estado que denuncia visiblemente la complejidad ancestral.

En los comienzos, todas las razas de hombres que cubren hoy la superficie de nuestro planeta fueron igualmente ignorantes y débiles, inmorales y feas; pero a medida que ellas han evolucionado, se han mejorado, transmitiendo a sus descendientes facultades destinadas a perfeccionarse a su vez con el trabajo de generaciones sucesivas. La herencia física y moral es el elemento conservador que fija cada conquista en la familia, en el cantón y en el país; estas conquistas, ayudándose las unas a las otras, conducen hasta las nubes a seres partidos desde el polvo. Todos no llegan por los mismos senderos ni en el mismo tiempo. Sin embargo, ¿quién osaría decir que una organización étnica es superior a otra, cuando sabemos cuánto tiempo le ha llevado a las razas más

civilizadas alcanzar su actual desarrollo y cuál combinación casual de factores históricos y ambientales ha contribuido a este? Arte, poesía, ciencia, moralidad, todas esas manifestaciones las más elevadas de la humanidad, dice Mr. Ribot, son parecidas a una planta costosa y delicada, que ha germinado tarde y no ha producido frutos sino gracias al trabajo prolongado de innumerables generaciones. El ideal no se ha desenvuelto de un solo golpe: se ha develado poco a poco.

La evolución social explica, pues, solamente, las diferencias de complexión moral e intelectual que existen entre las diversas partes de la humanidad. Quizás podría pensarse que la organización física e interna de ciertas razas les proporciona una superioridad especial, aun en su marcha evolutiva; pero, ¿sería razonable detenerse en una suposición gratuita, cuando la naturaleza de los climas y las circunstancias históricas dan suficientemente cuenta de la prontitud con la cual han evolucionado esas razas privilegiadas? Para referirse a una sola raza, y en Europa, ¿todas las naciones blancas se han mostrado igualmente aptas en el cumplimiento de ciertos progresos, en el mismo período histórico? ¿No se ve, por el contrario, a la mayor parte de esas naciones consideradas como nulas hace apenas dos siglos, ocupar actualmente lugares eminentes; mientras que otras soberanamente influyentes en el siglo xvi o en el xvii, han perdido todo su antiguo prestigio?

Al estudiar los hechos con toda la imparcialidad que exige la excelencia de la materia, se ha demostrado además, que la raza negra —a la que se ha pretendido tener como la más inferior de la humanidad— está dotada de una facultad de expansión moral e intelectual más activa que ninguna otra. ¿Se debe perseverar en los errores

del pasado, a pesar de todas las luces que brotan de la ciencia moderna para alumbrarnos e indicarnos la verdad? ¿La autoridad de algunos sabios será suficiente para consagrar opiniones erróneas, que no han durado a través de tantos siglos sino con la ayuda de leyendas y prejuicios, que sería vergonzoso afirmar en la era de libertad y de progreso que florece actualmente? No, mil veces no.

Por encima de las prevenciones y de los prejuicios de los sabios, está la ciencia; encima de los errores sistemáticos de los historiadores, está la historia; la filosofía es más fuerte, más convincente que todos los filósofos. Es bueno que los fabricantes de sistemas y los fundadores de doctrinas reflexionen en esto. El mundo no permanece estacionario. Las naciones, las razas, codeándose en el teatro de la historia, pasan sin cesar y vuelven sobre la escena con papeles diferentes; pero en la gran armonía del destino humano, ninguno de esos papeles es absolutamente inútil. Los actores son todos iguales en dignidad; en una perpetua transformación cada uno toma y deja los primeros lugares. Esto continuará así hasta el día en que ellos puedan suplirse indistintamente, sin esfuerzo ni rozamiento, en la función capital que consiste en sostener el hachón intelectual que aclara el mundo moral e inmaterial como el sol alumbraba el mundo físico y material.

¿La raza negra tendrá un día que jugar un papel superior en la historia del mundo, tomando de nuevo la antorcha que ella sostuvo sobre los bordes del Nilo y en donde toda la humanidad se ha alumbrado en los primeros vagidos de la civilización? Yo creo haber probado que nada le falta para llegar a eso. Todo indica, en efecto, que le está reservada cumplir una nueva trans-

formación de donde saldrá la más bella radiación del genio humano. Con sus primeros pasos en el camino hacia la civilización y la libertad, ha mostrado aptitudes tan precoces que tenemos todas las razones del mundo para creer y esperar que está destinada a cumplir el más alto de los hados.

Pero, se dirá, ella llega demasiado tarde. Ya todas las plazas están tomadas. La civilización vieja de años y de gloria, no espera más sorpresas. Edison, en los Estados Unidos; Renard y Krebs, en Francia; otros en Inglaterra; en Alemania; en Italia; por toda la Europa; han realizado tantas maravillas, que el mundo se ha acostumbrado a las invenciones soberbias y a los descubrimientos curiosos. La ciencia marcha y ensancha sin cesar su campo de investigación. Parece bien demostrado que aquellos que no se apresuren no tendrán nada que hacer. Porque bien pronto todos los problemas estarán resueltos, todas las cuestiones elucidadas, todas las verdades de orden material o moral serán encontradas, rotuladas, clasificadas, como en un vasto anaquel. ¡No se tendrá necesidad sino de un índice gigantesco, para no encontrarse jamás embarazado en nada, ni reducido a la impotencia ante ninguna fuerza natural o sobrenatural...!

Felizmente las cosas no llegarán a este punto si es que en ello debe desembocar, sino cuando la superficie entera de la Tierra esté poblada de una humanidad tan sabia, tan esclarecida como se la supone ser, en lo que nosotros llamamos los hombres superiores, los cuales no se cuentan sino por veintena en un siglo. De aquí a allá hay mucho camino que andar. La ruta de la civilización, larga, inmensa, sin límites, se extiende al infinito delante de todos. Dentro de dos siglos nuestros bisnie-

tos nos encontrarán más atrasados que nosotros encontramos a los hombres del siglo xvii, tan avanzados comparativamente a los del siglo xv, saliendo con pena del caos tumultuoso del régimen feudal. Sir John Lubbock dijo:

Nosotros no somos en realidad sino el suelo de la civilización. Lejos de manifestar un síntoma de agotamiento, la tendencia al desenvolvimiento de los conocimientos —añadamos, la potencia del hombre— parece manifestarse últimamente con más rapidez que nunca. Hay muchas cosas en las cuales no ha soñado aún nuestra filosofía, muchos descubrimientos destinados a inmortalizar a aquellos que los harán y a procurar a la raza humana ventajas que no estamos aún en estado de apreciar. Nosotros podemos decir todavía, con nuestro ilustre compatriota, Sir Isaac Newton, que hemos sido simplemente como los niños, jugando sobre el borde de la mar y recogiendo aquí y allá una piedrecita más lisa o una concha más bonita que las otras, mientras que el gran océano de la verdad se extiende inexplorado delante de nosotros.

Estas ideas magníficas, decoradas con un esplendor que encanta y diviniza el espíritu, son a la vez justas y profundas. No, no será jamás demasiado tarde para que un individuo o una raza hagan su aparición en el mundo de la luz, en el dominio de la ciencia. La raza negra, que debe evolucionar sin cesar y franquear a pasos precipitados todas las etapas que son necesarias atravesar para alcanzar la civilización —tal como ella se muestra en toda la exuberancia de su floración europea— no

debe descorazonarse en esta vía ascensional en que se necesita subir, ¡y subir siempre! Para ella, ninguna desesperanza es legítima, ninguna lasitud justificada. Se necesita que, día a día, la raza negra refuerce el sentimiento, la convicción de su igualdad con todas las otras razas humanas repartidas sobre nuestro planeta. Creer en la igualdad, es comprometerse moralmente a probarla por los hechos y los resultados, al precio de todos los esfuerzos. Ella responderá. Así, un nuevo período de gloria brotará para ella. Espléndido será el papel que desempeñará en el mundo. Su gran parte de acción en la expansión del progreso, será sobre todo desenvolver el sentido de la justicia con mucha más fuerza y, al mismo tiempo, con mucha más delicadeza que las razas debilitadas y de corazón seco que han surgido en Europa o que han brotado en las llanuras del imperio Medio y de la Tartaria.

Sin duda, esta raza negra que ha sufrido mil martirios, que ha sido batida, maldecida, despreciada por los unos; brutalizada, sistemáticamente exterminada por los otros, podría germinar en su pecho yo no sé qué horrible cólera, con el sueño de aplastar un día a sus despreciadores, a sus antiguos opresores. Pero la generosidad la dominará. Mientras más se ha sufrido mejor se está preparado para comprender y practicar la justicia. Y, verdaderamente no se sabe cuán magnífica parecerá a los ojos del filósofo y del pensador esta familia de hombres salida de la más profunda miseria intelectual y moral, habiendo crecido bajo la influencia depresiva de todos los prejuicios coligados; ¡pero engendrando, aun en esos casos, una flor de virtud hecha de coraje viril y de inflexible bondad, dos cualidades que tienden a la vez a promover y temperar la justicia!

¡El valor! No hay nadie que pueda negarlo a los negros. Demasiados ejemplos sangrientos han emergido de la historia para convencer a los más incrédulos. Sin embargo, es necesario que ese valor no vaya jamás hasta la violencia y no degeneren en brutalidad. Lo que los detractores de la raza negra le rehúsan, no es la igualdad material. Al contrario, que se lean todos las obras en que la tesis de la desigualdad de las razas está sostenida con una inconsecuencia asombrosa, pero unida a una rara tenacidad, y se verá siempre brotar la intención de hacer mucho más bella la parte que caracteriza a la raza negra, en cuanto a la fuerza brutal. Aun cuando para afirmar su igualdad étnica y social, los hijos del África renuncian a otros procedimientos más dignos y se complacen, sin necesidad, en raquear, quemar o matar, ellos no hacen otra cosa que prestar el flanco a una teoría falsa, pero cuya influencia malsana hace exagerar a capricho, cada una de sus faltas. Para realizar la igualdad que es un derecho natural e imprescriptible, ya que la ciencia demuestra que ninguna raza de hombres posee aptitudes superiores a las de otras, es vital a la raza negra dirigir sin cesar sus aspiraciones hacia la conquista de fuerzas morales e intelectuales, las únicas que igualan a los hombres. Es necesario que ella crezca en inteligencia y se moralice cada día más. ¡Luz y justicia! He aquí, para ella, las dos condiciones del triunfo, porque estas son armas infalibles en las luchas sociales como en las internacionales.

Con una mente educada, los etíopes leerán en el pasado. La sabiduría de la filosofía les permitirá aclarar los hechos y sopesar las pasadas y actuales teorías cada vez que tengan que juzgar o adoptar una regla conductual. En vez de albergar odio en su corazón, esparcirán

generosamente el inagotable amor que le es intrínseco, tanto así que aquellos que desconocen los ricos y variados caracteres de su temperamento lo interpretarán como un rasgo femenino aun cuando lo observen en su comportamiento más masculino. Frente a las otras razas, recordará sus días de humillación bajo el yugo de la esclavitud, cuando era obligado a pagar con su sudor la lujosa vida del sibarita colonizador. Pero también se remontará más allá en la historia, incluso hasta llegar a las épocas protohistóricas. Mientras analiza el pasado recordará que hubo un tiempo donde el salvaje Tamahou y el humilde Amou, los hijos de Sem y Jafef, estuvieron ellos mismos bajo el cruel dominio de sus ancestros negros. Los gigantes monumentos que son la gloria de Egipto fueron construidos con el trabajo de los blancos del este y del oeste. La humanidad es una sola en el tiempo y en el espacio; las injusticias de los siglos pasados recuerdan aquellos de los siglos presentes.

Llega sin embargo una fase de la evolución histórica de los pueblos, en que, cansados de las represalias, los hombres, largo tiempo en lucha, sienten la necesidad de una conciliación regeneratriz, mejor adaptada a sus intereses materiales y morales. Aunque no albergó ilusiones utópicas, sí creo que todas las naciones y razas están siendo irresistiblemente impulsadas hacia este estado de equilibrio. Desde que la Revolución Francesa derribó las viejas tradiciones para concederle al hombre un sentido de su propia grandeza y dignidad sin precedentes, el entendimiento de los pueblos en todas partes se ha iluminado extraordinariamente. La noble Francia inició la marcha al inscribir el principio de la igualdad como el respaldo de su declaración de los derechos del hombre. La voz de Francia ha cruzado mon-

tañas y océanos para ser escuchada en todo el mundo; una voz que siempre se oirá. Aun cuando todas las legiones impulsadas por actitudes obsoletas, escolásticas y teológicas se unan para afirmar que los hombres y las razas no son iguales, la voz revolucionaria todavía resonará en sus corazones y pensamientos como la trompeta del Juicio Final. El mensaje transmitido por esta voz, bajo el cual yacen las dinámicas evolutivas de la humanidad como un todo, inspirará a todas las razas a conquistar la ciencia y la civilización, floreciendo tarde pero con bellas flores que retoñarán en cada rama del árbol humano.

Todos los hombres son hermanos. Estas son palabras doradas, repetidas continuamente desde el día en que el Profeta de Nazaret colocó su mano sobre los grandes y los humildes, impartiendo la misma bendición para todos. Cualquiera que esconda en su corazón la menor duda sobre la hermandad de todos los seres humanos, que ha llegado a ser una de las creencias fundamentales de la sociedad moderna, tendría demasiada vergüenza de manifestar en voz alta su secreta obsesión; tendría demasiado miedo de ofender el predominante sentido de moralidad, opuesto al principio de solidaridad por el cual cada hombre está unido a los otros por lazos de solidaridad. Pero es necesario decir, sin embargo, que esta noción de hermandad universal ha quedado como una broma para la mayoría de los pueblos civilizados. La idea aún forma parte del pensamiento actual porque es conveniente. El problema radica en que uno no puede concebir la hermandad sin la igualdad. Tal concepto iría en contra de todas las nociones de la filosofía y del derecho moderno. Demostrado por la ciencia y confirmado por el creciente número de elo-

cuentes e indisputables hechos, el principio de la igualdad de las razas es la verdadera base de la solidaridad humana. La injusticia patente no puede nunca cimentar una alianza sincera ni un compromiso moral entre dos partes que se sentirían unidas por las razones más elevadas y nobles imaginables en la naturaleza humana.

Será el honor del siglo XIX haber visto brotar esta era de la verdadera religión, en que el hombre dará la mano al hombre, en todas partes, en todo y a toda hora, para marchar juntos hacia la difusión del bien, hacia el mejoramiento general de nuestra especie.

Las razas, reconociéndose iguales, podrán respetarse y amarse. En efecto, sus aptitudes son generalmente las mismas; pero cada una de ellas encontrará en su medio un estímulo especial para la producción espontánea de ciertas cualidades exquisitas del corazón, del espíritu o del cuerpo. Esto bastará para que ellas tengan siempre la necesidad de completarse las unas con las otras; para que vivan todas y se desenvuelvan, florecientes, bajo las latitudes que les son propias. Ellas podrán bien ayudarse en la explotación de la naturaleza sin que haya superiores e inferiores en la obra del progreso universal, en que el obrero y el pensador deberán encontrarse codo a codo entre los negros como entre los blancos. Con el abandono de las ideas de dominación y de supremacía que las unas alimentan respecto de las otras, se aproximarán más, se estudiarán, aprenderán a conocerse. ¡Dios sabe qué fuentes de sentimientos generosos y puros se abrirán para esta nueva existencia! Los contrastes mismos, examinados sin prevención, parecerán como otros tantos atractivos; porque, bien apreciados, los contrastes no se repelen, al contrario, se apetecen. ¿Quién no percibe, cuando pasada la primera sorpresa,

dos personas de razas diferentes y destacadas, se abordan al fin y se comunican por la palabra, esta facultad exclusivamente humana? Mientras más se ha sido impresionado por la diferencia exterior y física, más se goza con este descubrimiento agradable, al saber que el fondo general de la humanidad es idéntico y constante en todos los grupos étnicos: si el grado de instrucción y el género de educación son los mismos, las mismas ideas, las mismas reflexiones surgirán al mismo tiempo, a la vista de un objeto o el conocimiento de un hecho. De este cambio de sentimientos sale y resurge la verdadera fraternidad entre los hombres.

Es cierto que en la alianza universal de los pueblos y de las razas, hay y habrá siempre, grupos avanzados y grupos retardados. Lo que existe en pequeño, en cada nación, debe existir de manera natural en la comunidad de las naciones. Pero en lugar de dividir los hombres en razas superiores y razas inferiores, se dividirá más bien en pueblos civilizados o pueblos salvajes o bárbaros. Aun entre los civilizados habrá naciones de primer orden y naciones de último orden, con numerosos intermediarios. En una palabra, cada comunidad nacional podrá ser estudiada y reconocida inferior o superior en civilización, cuando se considere el grado de desenvolvimiento sociológico comparado al ideal que nos hacemos del Estado civilizado; pero no deberá ser más una cuestión de razas. Esta última palabra implica cierta fatalidad biológica y natural que no tiene ninguna analogía, ninguna correlación con el grado de aptitud que nos ofrecen las diferentes aglomeraciones humanas extendidas sobre la superficie del globo. Nadie está en disposición de aprender ahora que existe una masa de negros más civilizados, más inteligentes e instruidos que

la mayor parte de los caucásicos. Los representantes de la raza mongólica proporcionarán ejemplos todavía más elocuentes. Pero entonces, ¿no es hacer abuso de los términos, hablar de razas superiores y de razas inferiores? Este abuso ha, desgraciadamente, incubado las más penosas concepciones. Ignorantes y sabios vienen cada día a sacrificar allí su inteligencia o su buen sentido; y así, se ha creado lentamente, subrepticamente, el más grande obstáculo a la expansión del sentimiento de la solidaridad humana, que es el mejor estimulante del progreso y de la prosperidad de nuestra especie. Es necesario, absolutamente, reaccionar contra este obstáculo convertido en estado de prejuicio.

¡Ojalá que este libro pueda contribuir a difundir la luz en los espíritus y llamar a todos los hombres al sentimiento de la justicia y de la realidad! Al reflexionar sobre esto, quizás muchos sabios europeos, convencidos hasta aquí de la superioridad de su sangre se sorprenderán al comprobar que han sido juguete de una maligna ilusión. La situación actual de las cosas, los mitos y las leyendas que han adormecido su infancia y han presidido el primer brote de su pensamiento, las tradiciones de las que su inteligencia ha sido continuamente nutrida, todo los arrastraba invenciblemente a una doctrina, a una creencia, que por las apariencias parecen tan bien justificadas. ¿Pero pueden ellos perseverar un error cuyo velo está destrozado, sin renunciar al ejercicio de la razón que es el don más bello de la humanidad? ¿El prejuicio, que hace creer que un color más o menos blanco es un signo de superioridad, permanecerá eternamente anclado en las mejores cabezas, a pesar de que todos los hechos manifiesten su falsedad? Esto no podrá ser. La razón no perderá sus derechos.

Cuando ellos hayan visto, como en un espejo, las sugerencias exteriorizadas de su propio entendimiento, las sopesarán y las examinarán. Yo no dudo que entonces, rechazarán estas ideas que no se adecuan al temperamento intelectual y moral de nuestro siglo.

De vuelta a la verdad, reconocerán que los hombres están en todas partes dotados de las mismas cualidades y de los mismos defectos, sin distinción de color ni de forma anatómica. Las razas son iguales; todas son capaces de elevarse a las más nobles virtudes, al más alto desenvolvimiento intelectual, como de caer en la más completa degeneración. A través de todas las luchas que han dañado y dañan todavía la existencia de la especie entera, hay un hecho misterioso que subsiste y que igualmente misterioso se manifiesta a nuestro espíritu. Es que una cadena invisible reunió a todos los miembros de la humanidad en un círculo común. Parece ser que para que los humanos crezcan y prosperen necesitan interesarse en el progreso y la felicidad de los otros y cultivar esos sentimientos altruistas que son el mayor logro del corazón y del pensamiento humano.

La doctrina de la igualdad de las razas humanas, que consagra estas ideas racionales, llega así a ser una doctrina regenerativa y eminentemente saludable al desenvolvimiento armónico de la especie; porque ella nos recuerda el más bello pensamiento de un gran genio: TODOS LOS HOMBRES SON EL HOMBRE. La más dulce enseñanza divina: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS.